

PREMIO EL BARCO DE VAPOR - 2014

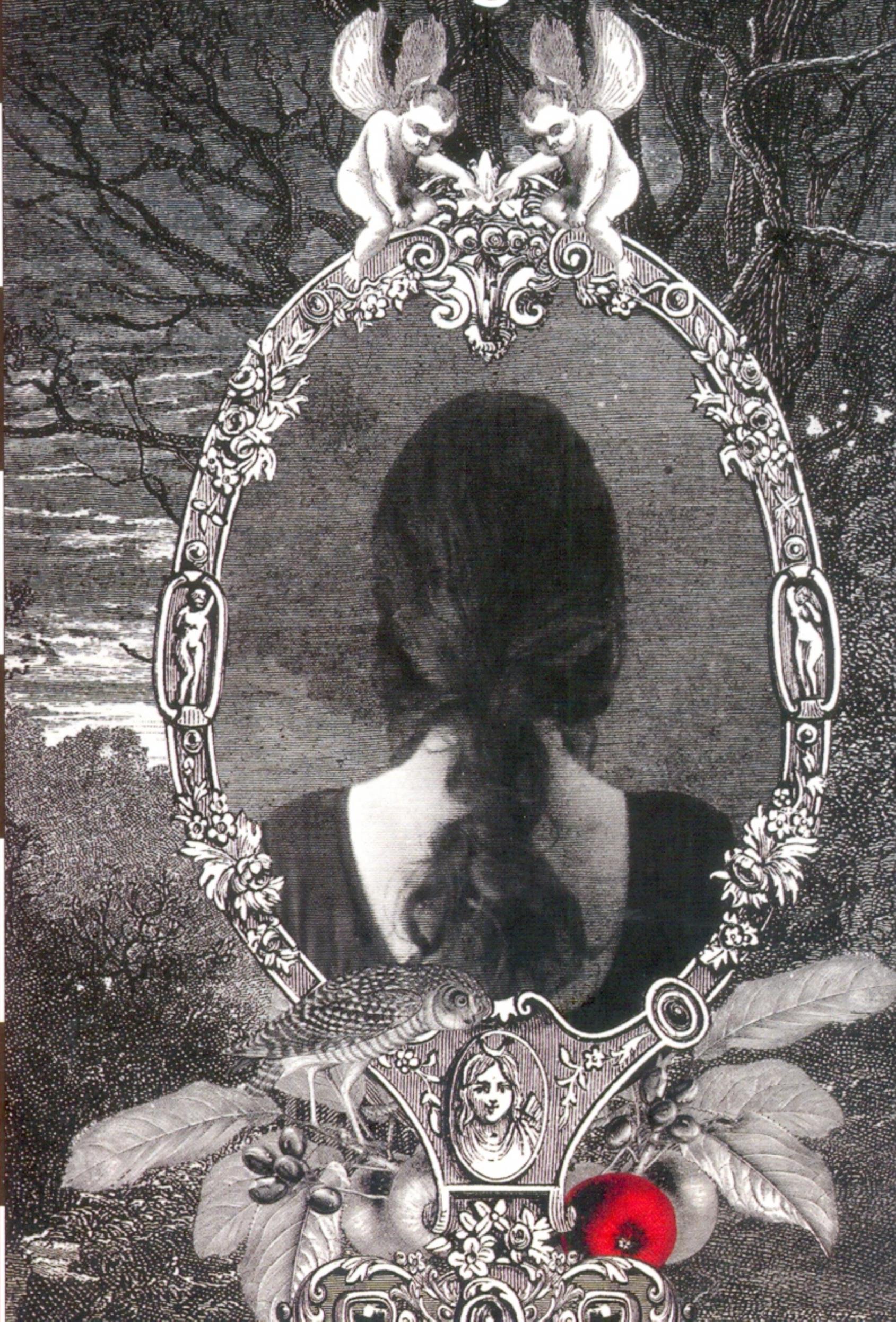
EL BARCO



DE VAPOR

Camila Valenzuela León

Nieve Negra



sm

Nieve Negra

Camila Valenzuela León

Ilustración de portada: Alejandra Acosta

Dirección literaria: Sergio Tanhnuz

Edición: Paula Peña

Dirección de Arte: Carmen Gloria Robles

Diseño y diagramación: Patricia López

Producción: Andrea Carrasco

Primera edición: octubre de 2014

© Camila Valenzuela León.

© Ediciones SM Chile S.A.

Coyancura 2283, oficina 203,
Providencia, Santiago de Chile.

ATENCIÓN AL CLIENTE

Teléfono: 600 381 13 12

www.ediciones-sm.cl

chile@ediciones-sm.cl

Registro de propiedad intelectual: 244.334

Registro de edición: 244.327

ISBN: 978-956-349-685-7

Impresión: Editora e Imprenta Maval Ltda.

Rivas 530, San Joaquín, Santiago.

Impreso en Chile / *Printed in Chile*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A Claudia y Juan,
que encontraron el espejo al mismo tiempo que yo.*

Encontrar el espejo no fue casualidad. No puede serlo. Más bien, fue producto de una serie de eventos raros y dislocados. Igual que mi vida.

Como rara vez ocurría, estábamos los tres en la cocina. Mi papá había cocinado un budín de berenjenas y cuando le ofreció una copa de vino a mi mamá, ella contestó que no con los ojos como búho. Dos segundos después, se abrazaron. Cuatro segundos después, lloraron. El llanto duró más de dos o cuatro segundos. Ahí entendí que estaba embarazada. No por el vino, el abrazo o el tiempo, sino por las lágrimas. Llevaban como seis años tratando de tener otro hijo, pero no había caso. No podían. Al principio, fueron al médico y les dijo que igual era raro porque ya habían podido tener una hija. Le preguntó a mi mamá si el parto fue muy traumático y ella contestó que sí, que yo venía no sé cómo. Enredada, por las patas. Qué sé yo. (Eso ni siquiera me lo contó a mí, la escuché hablando por teléfono con mi abuela, que

ya está muerta). Le hicieron un montón de exámenes, pero los resultados siempre salieron buenos. Parecía no tener ningún problema. Un día, mi papá (que es medio esotérico porque es de esos psicólogos con la volada jungiana) le dijo que era su inconsciente. Que estaba estresada, que debía dejarlo ir. Relajarse. Y ahí empezó la seguidilla de doctores mula. Chamanes, tarotistas, videntes. Flores de Bach, gemoterapia, reiki. Yo no me trago el cuento de que la esencia de lavanda (o lo que sea) te abrirá los chakras y te dejará embarazada; pero mi mamá, sí. Y trató. Lo intentó una y otra, y otra vez. Pero no hubo caso. Lo único que logró fue perder plata y tiempo, y ganar una predicción: que yo era rara. Eso tampoco me lo contó mi mamá; lo escuché cuando vino una vieja a sacarle las cartas hace dos años. Ellas estaban en el living y yo detrás de la puerta de la cocina. Podía oír cuando la bruja barajaba, cuando dejaba las cartas sobre la mesa. Llegó el silencio. Un silencio largo. Se escuchaba el movimiento inquieto de mi mamá sobre la silla, como si tuviera un nido de hormigas bajo ella. Es un alma antigua, le dijo por fin. Tiene muchas vidas en su cuerpo, pero hay algo raro en ella. Mi mamá preguntó qué era. Las cartas no quieren hablar. Ella tiene un bloqueo energético. Yo no sé cómo a esas alturas mi mamá seguía ahí,

pero el punto es que no se movió. Al contrario, le pidió que sacara más cartas. Le contó todo su drama acerca de la supuesta infertilidad y le dijo que se moriría si algo me pasaba. Volvió a barajar. A cortar. A escoger. No sé qué cartas salieron, no sé qué caras pusieron, lo único que sé es que la bruja ordenó el mazo, lo guardó y salió del departamento como si hubiera visto al diablo. Y la odié porque, desde ese día, mi mamá quedó obsesionada conmigo. Cuando estaba depresiva pensaba que podría pasar algo; cuando estaba de mejor ánimo decía que tenía una niñita índigo y me preguntaba si veía cosas. Yo lo único que veía es que se había vuelto loca con el tema de los hijos y las guaguas. Hasta el año pasado, cuando supe que tendría un hermano o hermana menor.

Se abrazaron, lloraron. Celebraron. Cuando pasó la emoción de la noticia, mi mamá dijo que tendríamos que irnos del departamento porque era muy chico para los cuatro. En realidad, más que una propuesta, fue una orden. Yo no me voy, aseguré. Insistí en que no quería irme de ahí, que ese departamento era nuestro hogar. Que cabíamos de más. Que había familias de seis personas que vivían en lugares más chicos que ese. Que Ñuñoa era mi barrio, nuestro barrio. Y que no éramos

cuatro, sino cinco porque el quiltro, que me acompañaba desde los siete años, también era parte de la familia. Mi mamá ni tuvo que contestar porque mi papá se puso al tiro de su lado. Cambia la cara porque es una decisión tomada, dijo él. Yo tuve que acatar la decisión, pero no cambié la cara.

Mi mamá, como es poquito obsesiva, cambió una preocupación por otra: ya no era que no podía tener guagua, sino que podía perderla. Los tres primeros meses son cruciales, repetía. Cuando ya tenía seis y todo seguía perfectamente bien, vino la obsesión por el cambio de casa. Que cuándo nos vamos a ir, le decía a mi papá. Que teníamos que armar todo lo antes posible porque ella no quería estar desembalando con una guata enorme o, peor, con el niño recién nacido (está convencida –o quiere estarlo– de que será hombre). Mi papá le contestaba que era lento, que no era llegar y comprar una casa como en el Metrópoli. Y ella le respondía que el lento era él porque estaba lleno de casas en Ñuñoa, que cómo no iba a ser capaz de encontrar una. Yo prefería no meterme, porque siempre salgo perdiendo. Así que, después del colegio, me iba a la casa del flaco para capearme los dramas de mi mamá. Alrededor de las siete de la tarde, cuando

mi papá salía de la pega, me iba a buscar y nos paseábamos por la comuna buscando casas. Lo que decía él era cierto: por más que buscábamos, no la encontrábamos.

Hasta que una noche, cuando iban a ser casi las diez, llegamos a una casa. Llevábamos horas dando vueltas por el barrio, recorriendo todas las propiedades que mi papá agendó durante el día, pero ninguna nos había gustado. Estábamos cansados, chatos y muertos de hambre. Decidimos que era suficiente, que era hora de volver. Mi papá se metió a una calle para dar la vuelta y salir a Macul, pero esa calle lo llevó a otra y esa a otra, y ninguna era Macul. Tu mamá debe estar histérica, qué lata, se quejó mi papá. Dio la vuelta de nuevo y llegamos a una plaza con siete casas antiguas alrededor. No sé si fueron las casas, la plaza o los faroles sin polillas, pero me encantó. Y para mi suerte, una de ellas tenía el cartel rojo con letras blancas: “Se vende”. Esas fueron las palabras mágicas.

Mi papá estacionó el auto y nos bajamos. La casa tenía una fachada de piedra y un pequeño patio delantero cercado por una reja de madera, que me llegaba hasta la cintura. Toqué el timbre. Toqué de nuevo. Parece que no hay nadie, comentó mi papá y antes de que alcanzara a llamar al

número de teléfono escrito debajo del cartel, corrí el pestillo de la reja y entré.

Fui raíz dentro de la tierra.

Escuché que mi papá decía mi nombre despacio, como un grillo. No podemos hacer eso, repetía, pero yo no quería escuchar, yo quería entrar. Subí los dos escalones y me paré frente a la puerta de entrada, mucho más alta y ancha que yo. Giré la manilla de bronce, que pasó rápido hacia el otro lado. Se abrió sola o lo hizo el viento, pero no la abrí yo. El quejido recorrió mi cuerpo como si también estuviera hecho de madera. Primero mis pasos; atrás, los de mi papá. El espacio era una mancha negra, como el quiltro. Ni una sola franja de luz se colaba entre las cortinas. No me importó. Doblé hacia la izquierda y corrí la primera tela que encontré. La luz del exterior iluminó vagamente el living, que era amplio, oscuro y vacío; un hoyo negro. Miré hacia arriba y el techo me pareció lejano como el cielo. Cuando bajé la mirada, un haz de luz, fino y penetrante, me llegó directo a los ojos. No podemos entrar así, advirtió mi papá con su llavero-linterna en la mano. Ya estamos dentro, le contesté y seguí caminando hacia el comedor. Por ahí había una puerta de acceso a la cocina. Entramos y mi papá dijo que tendríamos que remodelar, porque los muebles estaban llenos de moho. Yo no

pensaba en los muebles, sino en otra puerta que había al fondo. Lo que estaba detrás de ella me llamaba. Gritaba mi nombre en silencio. En un silencio que envolvía la cocina, la casa, el barrio. En un silencio que me envolvía a mí.

Mi papá siguió hablando y yo caminé hasta la puerta. La abrí y me encontré con la oscuridad. Oye, papá, ven a iluminar por acá, dije, y él me respondió que nos enfocáramos en la casa, que mi mamá debía tener los pelos de punta porque todavía no llegábamos. Ya, poh, no te cuesta nada, si son dos minutos no más. Me miró con resignación y fue hacia el umbral donde estaba para iluminar el patio trasero poco a poco, dejando que la luz de la linterna paseara con calma por cada rincón. Las formas serpentina de las plantas secas parecían extrañas piezas de museo. El haz de luz llegó hasta el fondo y ahí, en medio de la oscuridad, había un árbol de tamaño mediano. Su copa era redondeada, abierta y tenía numerosas ramas de forma horizontal. Parecía ser un árbol común y corriente, pero por alguna razón irradiaba cierto magnetismo. Le pregunté a mi papá si sabía qué árbol era. Un manzano, contestó. Unos segundos después, volvió a hablar: La encontramos. Esta es nuestra casa.

Al poco tiempo, mis papás pudieron comprarla y empezaron las remodelaciones. Yo terminaba el año en el colegio y la casa era un caos, así que no volví a ir hasta hoy, que nos cambiamos. Y por más que la casa me encanta, que el manzano me llama y que el quiltro está feliz, estoy chata. O rara. No sé. Hay algo que me molesta, aparte de tener que aguantar la histeria de mi mamá por la mudanza, los 33 °C santiaguinos o las fotos en Facebook del flaco en la playa. Quizás es que, a pesar de que a mi papá le dieron el día libre en la pega por el cambio de casa y aun siendo los tres más los tipos de la mudanza, todavía quedan millones de cosas por hacer. Lo bueno, de todos modos, es que a las seis de la tarde mi papá decidió que el día laboral, por lo menos para mí, había terminado.

Llamé al quiltro y nos fuimos al patio trasero, que con la luz del día se veía más grande. Me tiré sobre la tierra y miré el cielo. Ya no hacía el mismo calor de unas horas atrás. Cerré los ojos. No estuve mucho rato así: el quiltro empezó a ladrar. Le pedí que se callara, pero obvio que no me pescó. Siguió ladrando. Me incorporé un poco hasta quedar sentada. Entonces lo vi justo debajo del manzano. Me miró, ladró y después escarbó con sus patas delanteras. Estaba tan cansada que, por mucho que lo quiero, no me interesaba su ánimo.

Así que me volví a echar sobre la tierra. Y él volvió a ladrar. ¡Calla a ese perro, por favor!, gritó mi mamá desde el interior de la casa. Me senté. Él miró, ladró, escarbó. Fui hasta el manzano donde estaba el quiltro y le pregunté qué onda. Él se calló y se sentó. Me acerqué para hacerle cariño detrás de las orejas y el reflejo del sol en la tierra me cegó. Me moví, me agaché: había algo enterrado ahí. Me puse a escarbar como el quiltro. Mientras más tierra sacaba, más ansiosa me ponía. Necesitaba saber qué era, qué había enterrado al alero del manzano. El quiltro se puso detrás de mí, no sé si para no molestar o para cuidarme de algo. Una mano dentro de la tierra, la otra. Una mano, la otra. Hasta que lo vi, lo tomé y lo saqué: era un espejo ovalado. Su borde dorado, de unos cinco centímetros de ancho, tenía talladas cientos de pequeñas hojas que rodeaban a tres mujeres, una abajo y dos a cada lado, siendo coronado por dos ángeles que se dan la mano. Qué hacía un espejo tan antiguo enterrado en el jardín de mi casa justo al lado del manzano, todavía no lo sé. Pero voy a averiguarlo.

Lo limpié un poco y entré a la cocina para pasarle un trapo. Lo sacudí y saqué todo el polvo que tenía acumulado quién sabe desde cuándo. Fui hasta el living para mostrárselo a mi papá,

pero estaba demasiado ocupado instalando lámparas, así que subí las escaleras y fui hasta mi pieza. Después del jardín, el segundo piso es la parte más bonita de la casa. Apenas terminan las escaleras, empieza un pasillo amplio y largo con varias piezas a los costados. Mis papás eligieron la más grande, que es justo la segunda a mano izquierda. Yo escogí la que está al final porque tiene una ventana que mira hacia el patio interior. El manzano está justo frente a ella. Entré, dejé el espejo encima de la cama y fui a buscar la caja de herramientas. Saqué un clavo, el martillo y lo colgué. Caminé hacia atrás para verlo desde lejos. Lo miré. Me miré en él. En alguna parte estaban los rasgos de mi padre, no así los de mi madre. Abrí mi cama, me metí dentro de ella y cerré los ojos. No demoré mucho en quedarme dormida.

Sueño con el espejo. Camino por el pasillo del segundo piso. No veo lo que está al frente, sino mi espalda. El pelo largo y negro cayendo sobre la espalda. No hay sonido alguno dentro de la casa. Solo el silencio me acompaña. El silencio y la luz que se cuelga por la ventana de mi pieza. Es una luz nocturna que proyecta sombras en el pasillo. Excepto la mía, porque yo no tengo sombra. Yo soy la sombra. Entro a mi pieza, me veo durmiendo.

Camino hasta la ventana y veo el manzano solo e imponente en medio del patio. Alcanzo a ver las frutas que cuelgan de sus ramas. Verdes, amarillentas todas. Menos una, que es roja. Oscura como la sangre. Siento toda la energía del árbol sobre esa manzana de sangre. Las ramas se tuercen, el tronco se queja. La manzana se deshace de a poco como un coágulo. El árbol llora sangre. Me doy vuelta, me acerco al espejo. Me pongo frente a él: no veo mi reflejo, no veo mi sombra. Solo veo caer dentro de él una espesa nieve negra.

Cuando el rumor sobre el templo de San Agustín llegó a sus oídos, supo que las consecuencias del Terremoto Magno apenas comenzaban. La figura del Cristo sobrevivió al movimiento, salvo por la corona de espinas que, inexplicablemente, llegó hasta su cuello para quedarse ahí. Imagen diabólica, presagio funesto. La divinidad está enojada, pensó. Cuídese, cuide a su familia, patroncito, dijo la negra. Esto recién comienza.

Días después de la catástrofe, Santiago de Chile no solo sufría las pérdidas del terremoto, sino además los estragos de las lluvias implacables que azotaban la región. El conjunto de ambas fuerzas dejaron más de seiscientos muertos para llorar, miles de damnificados y pésimas condiciones de salubridad. La ciudad se sumergió en ruinas, enfermedad y pobreza. Pronto, la muerte empezó a rondar la casona de adobe y piedra: su señora era una de las contagiadas con la epidemia de chavalongo. La trasladaron al sector de la casa que resistió el terremoto para mantenerla cubierta,

abrigada y protegida del invierno, pero eso no funcionó. Al cabo de una semana, la mujer falleció. El hombre salió del dormitorio y tomó a su hija en un abrazo que no soltaría nunca, ni siquiera después de su muerte. La niña era copia fiel de su mujer: piel blanca como la nieve, labios rojos como la sangre, cabello negro como la madera del ébano. La niña, la mujer, en una sola vida. Pasaba cada día con ella como si fuera el último. Hasta que una mañana de verano cuando la niña ya tenía dos años, la negra vaticinó que otra mujer llegaría a la casa. Será alegría y desgracia, dijo. Él no creyó o no quería creer. Cállate, negra hereje, contestó. La negra calló hasta el invierno, cuando apareció frente a su puerta la mujer que él negó.

Era la noche más fría del año. Quizás, la noche más fría que había debido soportar jamás. Una fina capa de escarcha cubría la tierra dejando bajo ella un cementerio de flores y hierbas. La niña dormía profundamente en una de las habitaciones mientras él bebía una copa de vino frente al fuego. Podía escuchar a la negra trabajar en la cocina y oler el guiso de lentejas que tanto le gustaba. La puerta principal sonó dos veces. Fueron dos golpes secos, sin pudor, como si fueran las ocho de la mañana y no de la noche. Uno de los criados

apareció en la sala para decirle que una mujer yacía en la entrada. Entonces, apareció la negra con su aura fantasmal. Limpió el filo del cuchillo en su delantal y le dijo que el momento había llegado. El inicio del fin, murmuró. Él no creía en la magia de la negra, en sus hechizos, vaticinios o infusiones. Él solo creía en Dios. No lo supo en ese momento, pero las palabras de la negra serían para él espinas en su cuello.

Caminaron juntos hasta la entrada de la casa y cuando abrió la puerta vio un cuerpo menudo desvanecido en el suelo. Se agachó y lo giró. Quitó la capucha grisácea: labios gruesos, piel oscura. Supo, entonces, que se quedaría con él. La negra retrocedió. Él tomó a la mujer en brazos y la llevó al interior de la casa mientras ordenaba agua y alimento para la extraña. La tendió en un sillón, se arrodilló a su lado y pasó los dedos por una de las mejillas. Pálidas, frías. La culpa lo embargó al imaginar qué pensaría su difunta señora si lo viera así, abstraído por una desconocida. No pudo adentrarse en ese sentimiento: la mujer abrió sus ojos. Él preguntó quién era, cómo había llegado ahí. Respondió que no lo sabía, que llevaba la memoria en blanco.

La negra entró a la sala con un plato de lentejas y un vaso de agua. Puso la bandeja en las piernas

de la mujer. Luego, hurgó entre los pliegues del vestido hasta sacar un espejo ovalado de borde dorado con tres figuras femeninas y dos ángeles tocando sus manos. Vea su reflejo, quizás así recuerde quién es. La mujer no dijo palabra alguna. Él pensó que había quedado hipnotizada por el espejo de la negra o por su reflejo, porque no lo soltó más. Dejó que la negra se sentara a su lado y le diera la comida a cucharadas. La devoró como si fuera la primera vez que se alimentaba. Gracias, repetía cada vez que llevaba una nueva cucharada a su boca. Gracias era el mantra que repitió hasta que las lentejas se acabaron y cayó profundamente dormida. La volvió a tomar en brazos y la llevó a uno de los dormitorios principales. Tendió su cuerpo sobre la cama, la arropó y dejó la puerta entreabierta para que pudieran escucharla si llamaba. Afuera estaba la negra, protegiendo la llama de la vela con una mano mientras la otra sostenía el candelabro. El fuego brillaba en sus ojos. Ella dice que no recuerda, pero recordará. Todos recordaremos la noche cuando vida y muerte entraron a esta casa tomadas de la mano. Él no temió. El vacío que podía llenar esa mujer era más fuerte que el miedo a los presagios de la negra. Debió haberla escuchado.

Esa noche no pudo dormir. Intentó conciliar el sueño, pero cada vez que cerraba los ojos veía a su mujer, a su niña, a la extraña, a la negra y al espejo. Una imagen hilvanada por la otra, pensamiento eterno que no le permitió descansar. Se levantó de la cama en plena madrugada. La luna llena proyectaba sombras por toda la casa. Pasó por el dormitorio de su hija, puso otra manta encima de ella y volvió al pasillo principal. Fue hasta la pieza donde había dejado a la mujer. Las velas todavía ardían y una tenue luz salía desde el interior. Se asomó apenas y la encontró despierta. Estaba sentada al borde de la cama y miraba su reflejo en el espejo ovalado, que sostenía entre las manos. Parecía hechizada, incapaz de advertir que él la observaba. Le pareció diáfana y sombría a la vez. La vida y la muerte juntas, como dijo la negra. Decidió que se casaría con ella: él necesitaba una esposa, su hija necesitaba una madre y ella necesitaba un hogar, una identidad. Él le daría la vida a cambio de los sueños que su primera mujer arrastró a la tumba. Entró al dormitorio, se arrodilló por segunda vez frente a ella y tomó su mano. Le dijo que necesitaba una madre para su hija y ella contestó que sería madre de todos los hijos que él quisiera tener. Y él le creyó.

El matrimonio se llevó a cabo un mes después, al comenzar la primavera. La casona fue decorada con cientos de ñuños, que inundaron el lugar de una luz amarilla. Ella vistió de encaje blanco bordado y amarró su pelo con un lazo trenzado de seda multicolor. Apareció en el jardín cuando empezó a sonar la guitarra y caminó con parsimonia hasta el manzano, donde él esperaba erguido y ansioso. Parece un ángel, pensó. Es el ángel de la muerte, pensó la negra, que miraba escondida desde un rincón. Cuando la ceremonia acabó, ella era la reina de la casa. Sublime, elegante. No importaba que hubiera perdido la memoria de una vida pasada porque el presente había sido hecho para ella. Él la contemplaba como alguna vez contempló a su primera esposa. Los sirvientes la obedecían como alguna vez obedecieron a la primera esposa. La hija jugaba con ella como nunca jugó con su madre. Le gustaba pasear con la niña, llevarla de la mano hasta el manzano mientras él las observaba desde el interior de la casa, satisfecho. Se sentía tranquilo, correspondido. Es la madre que mi hija no habría podido tener, le dijo una tarde a la negra y, por primera vez, ella no le contestó. El silencio de la negra le recordó la imposibilidad del remplazo, la eterna ausencia de su primera esposa como una realidad fatal.

El tiempo pasó y con él se fue la esperanza de que el dolor por la pérdida llegara a su fin. Por más que anhelaba olvidar el recuerdo de la muerte, no lo conseguía. Quería a la mujer por la que alguna vez se sintió cautivado, pero estaba lejos de vivir el sentimiento que la madre de su hija produjo en él. Incluso años después de su muerte, la extrañaba como el primer día. Ella lo sabía, lo veía en cada gesto, palabra, mirada. Odiaba en secreto a la muerta que robaba todos los días su felicidad. La muerta presente en cada rincón de la casa que él no le permitía cambiar, en cada palabra que no decía, en cada promesa sin cumplir. La muerta presente, sobre todo, en la niña. Todos sabían que era la copia de la primera mujer. Lo sabían quienes la vieron nacer y lo sabían, en especial, quienes la veían crecer. Cada día la niña adquiría, más y más, los labios rojos, la piel pálida y el pelo negro de su madre. Para él era un regalo; para ella, una maldición. Podía sentir el aura de la muerta cada vez que se acercaba a la niña y estaba condenada a devolver una mirada dulce para permanecer ahí, para seguir siendo la reina de la casa. Pero su reinado llegaba al fin con cada año que la niña cumplía. Eres la niña más linda del mundo, repetía él cada vez que se dirigía a su hija. Mientras, siempre desde atrás, ella hundía su corazón en las

tinieblas. Pasaba horas llorando en su dormitorio sin que él se diera cuenta. Miraba su reflejo en el espejo que la acompañaba desde su llegada a esa casa, su fiel compañero. En él corroboraba cómo cada línea nueva en su rostro era un aliento más de vida en su hijastra. Como si la niña pudiera robarle la vida, la energía, la belleza y el amor. Niña ladrona que todo lo quiere y nada comparte. Para ella, ni las sobras.

Él también veía con amor y temor el parecido de su hija con la primera esposa. Se sentía en casa siempre que fijaba sus ojos en la niña, pero al mismo tiempo, una sensación de extraña soledad lo invadía. Un brote de traición, de abandono, que solo aumentaba sus ganas de estar con la pequeña y su necesidad de alejar a la remplazante. Hasta que una tarde, cuando ella y la niña salieron a pasear por el Camino de Ñuñoa, él fue donde la negra y le recriminó sus propias culpas. Le dijo que ella siempre había tenido palabras para todo, visión para todo y, aun así, no fue capaz de ver la muerte de su esposa. Ella, después de años en silencio, contestó que el ciego era él. La muerte no se ha ido de su lado, está esperando por usted, le dijo. ¡Que me lleve!, gritó y sus venas se delinearón en el cuello. ¡Que me lleve de una buena

vez! ¡Que me lleve! La mujer y la niña entraron corriendo a la casa cuando escucharon los gritos. Ella intentó contenerlo, pero él seguía gritando descontrolado, devorado por la ira. La niña se le acercó y tomó su mano: fue el alivio a todas sus penas. Se arrodilló, la abrazó. Lloró como el niño que no era. La mujer observó la escena con la mirada perdida y el corazón ennegrecido. Desde un costado miraba la negra, quien tuvo la certeza de que, esa noche, la muerte estaba más viva que nunca.

Desesperada y llena de cólera, la mujer advirtió que la única solución posible era darle un hijo a su marido. Remplazar a la niña, reflejo de la muerte, con otro niño que fuera el reflejo de ella, la vida. De ese modo, él podría mirar a sus dos mujeres en sus dos hijos y ella no seguiría en desventaja. Te daré tu primer hijo hombre, prometió y él sonrió. Esa fue la única respuesta que necesitó para entender cuál era su última esperanza, cuál era la salvación de morir en el olvido. Y así inició una batalla contra su propio cuerpo porque, por más que lo intentaba, no podía concebir al hijo que tanto deseaba. El niño, que debía ser su salvador, no llegaba. Probó todas las opciones, todos los días, todas las horas, pero el niño no quería aparecer en su vientre maldito.

Una noche de angustia tocó la puerta de la negra. Entró sin pedir permiso y le exigió que la ayudara, que revirtiera la situación. La negra le contestó que no lo haría porque si lo hacía, la niña correría peligro. La mujer se contuvo para no gritarle improperios y solo le preguntó qué tenía que ver la niña. Todo comienza y termina en la niña. Ella es todo lo que usted no tuvo, lo que usted no es ni será jamás. Es el destino, es la historia. Yo no cambiaré ninguno de los dos, sentenció la negra. La mujer salió del dormitorio con sed de venganza. Por la negra, por la niña. Por el castigo de vivir a la sombra de una muerta encarnada.

Cuando las agujas del reloj volvieron a correr, él ya estaba agotado. Se agobió del intento, de las promesas sin cumplir, del vientre estéril. Y ella enloqueció por el intento, por las promesas sin cumplir y por el vientre estéril. El matrimonio murió y quedó más enterrado que la primera esposa. La mujer odiaba en secreto al marido que la echó al olvido. Lo odiaba cada vez que la llamaba reina de la casa, porque ella sabía que la verdadera heredera de ese trono era la niña. Esa condenada niña que, a la edad de siete años, era la copia innegable de la muerta. Mientras ella, uva envejecida frente al espejo, era el vacío.

En su desesperación, entendió cuál era el único medio posible para vivir tranquila. Era una medida drástica, carente de toda misericordia. Pero una vez más, ¿quién había tenido piedad con ella? ¿La vida, que la había hecho olvidar sus raíces? ¿El hombre, que la había adoptado como a un perro callejero y al que ahora, vieja e infértil, le era inútil? ¿La niña, que le recordaba todos los días su lugar en esa casa? Si ella hacía lo que tenía planeado, esa casa solo recibiría lo merecido. La cosecha sería su propia siembra.

Era una calurosa tarde de verano. El marido había salido y solo los criados, la negra, la niña y ella se hallaban en la casa. Fue hasta el dormitorio de la niña y la encontró frente al tocador. Cepillaba el largo cabello negro que hacía contraste con su piel blanca y labios rojos. Si intentaba verla, esquivando el odio que sentía por ella, podía entender por qué su padre seguía enamorado de la muerta. La niña era tan linda que dolía mirarla. Pero esa objetividad pronto se disipó en olas de rabia, envidia y rencor. Tomó el peine y le cepilló el cabello. La niña devolvió una mirada extrañada. Le hizo una trenza y del bolsillo de su vestido extrajo un lazo de seda multicolor. ¿Sabes qué es esto?, le preguntó mostrándole el lazo. La niña hizo un gesto

negativo. Es el lazo que usé el día que me casé con tu padre, contestó mientras guardaba una mitad y la otra la amarraba a lo largo de la trenza. Hoy vas a estar muy bonita cuando él llegue a la casa, le dijo. La volteó y la miró. La odiaba incluso sabiendo que, en el fondo, ella no tenía la culpa. Su único error fue nacer y ese día pagaría su pecado.

La sentó al borde de la cama y le propuso un trato. Le dijo que su padre estaba por llegar, que lo iría a buscar a la entrada y lo llevaría hasta su dormitorio para que viera lo linda que estaba su hija. La niña sonrió y prometió que esperaría. Ella comentó que dejaría la puerta cerrada con llave para que nadie la viera antes que su padre y la niña aceptó. La mujer salió del dormitorio y cerró la puerta. Metió la llave en la cerradura y giró una vez, dos veces. Entonces, sacó la mitad del lazo que no había usado y lo enrolló alrededor de la manilla. Sonrió apenas, casi imperceptiblemente, y le prendió fuego. Este no tardó en devorar la puerta, el muro, el pasillo. Antes de que se pusiera a toser por el humo, la mujer salió a hurtadillas y cuando llegó a la sala, gritó. ¡Fuego! ¡Todos afuera! ¡Fuego! Los criados corrían por los pasillos laberínticos de la casa para salir al jardín. Ella ya estaba a los pies del manzano, viendo cómo el humo y las llamas engullían la casa que en algún momento

también fue su hogar. La negra llegó hasta el manzano, sudada por el calor infernal y le preguntó dónde estaba la niña. Ella respondió con una mirada apagada y la negra entendió, pero no entró a buscarla. La mujer pensó que no lo hacía porque entrar a las llamas era entrar a la muerte, pero la negra no se movió porque ese era destino ajeno.

La casa ardía y el humo se elevaba cuando él llegó. Preguntó con gritos qué había pasado, pero nadie supo qué responder. Las únicas dos que sabían el origen del fuego se mantuvieron en silencio. El hombre buscó entre las diferentes miradas y, cuando no encontró los ojos de la niña, sintió su vida acabar. Todo fue silencio, menos su corazón. Giró hacia la casa en llamas y corrió hacia ella. La mujer le gritó que no lo hiciera, que estaba loco, que moriría. Pero él no escuchó nada, no vio nada, no sintió nada. Corrió entre vigas, humo y fuego hasta llegar al dormitorio de su hija. La puerta había sido totalmente consumida, así que atravesó el umbral con sudor, lágrimas y carraspeo. Al fondo, en un rincón, estaba su hija. Lloraba, viva. La tomó en brazos y emprendió el camino de vuelta, pero cuando iba en la mitad, una viga se desplomó sobre él. Alcanzó a soltar a la niña para evitar que recibiera el peso del impacto sobre ella. Él sintió cómo su columna se partía como la rama de una

planta vieja, pequeña y frágil. Su hija se volteó y tomó su mano. Él le ordenó que corriera, que saliera de ahí. La niña no quería obedecer, pero él insistió. Ella tenía que vivir. Y con la fuerza de su último respiro le pidió que lo hiciera, que viviera. Entonces, la niña besó su frente y comenzó a esquivar escombros, fuego y humo.

Ocho

Me despierto cansada porque dormí pésimo. Dicen que cuando uno se cambia de casa las primeras tres noches son las peores. Dicen que el cuerpo no reconoce el entorno y se estresa. Yo creo que eso es cosa de gatos y que dormí mal por culpa del espejo. Está como poseído, en serio. O eso parece porque soñé toda la noche con él. No es que yo sea vidente, al contrario, en general nunca me acuerdo de mis sueños. Por eso creo que el espejo tiene algo. No es normal que haya soñado como cinco veces seguidas con él. Que lo volvía a encontrar enterrado. Que había réplicas por toda la casa. Que lo tomaba con unas manos que no eran las mías. Que los ángeles me miraban y las tres mujeres me llamaban. Y aun así, con todos esos sueños, nunca vi mi reflejo. No pude. Cada vez que estuve frente a él lo vi cubierto de gris. Era como ver la pantalla de un televisor apagado. Negro todo.

Me estiro a lo largo de la cama y ella se mueve conmigo. Las ruedas no están fijadas, así que el piso de madera no ayuda mucho. El quiltro ya no duerme a mis pies. Eso significa que deben ser como

las once de la mañana. Lo corroboro cuando tomo el celular y veo la hora. Me pongo las pantuflas (que en verdad son calcetines chilotes) y me levanto. Ahí está el espejo. Es como el Dios de mi mamá: siento que me mira y eso me perturba. Si mi mamá no fuera católica, quizás yo no tendría el peso divino sobre los hombros, pero ya cagué. Camino hasta el espejo y veo mi reflejo en él. Por fin tengo la certeza de que no estoy en un sueño. Eso me calma. Paso los dedos por encima del borde irregular. Desde abajo hacia arriba. Recorro las mujeres, luego a los ángeles. Tienen algo de bonito y macabro a la vez. Me pregunto si serán ángeles o demonios. Su gordura y sus alas me dicen que son ángeles; el gesto en sus caras me dice lo contrario. Parecieran reírse. O llorar. No sé bien qué es, solo sé que hay algo raro en sus caras. Quizás el que hizo el espejo tampoco lo tenía muy claro y por eso quedaron así. Ni felices ni tristes. Ni buenos ni malos. Decido que averiguaré de dónde viene el espejo. No tengo nada mejor que hacer. El flaco sube y sube fotos veraniegas a Facebook mientras yo ordeno cajas y muero de calor. Esta será la aventura que le contaré cuando vuelva de vacaciones. Él dirá que me pasó en la etapa del Arcania y yo le diré que me da lo mismo. No me va a creer, se reirá en mi cara. En ese momento, entonces, le preguntaré

si quiere conocer la historia del espejo encantado. Y para eso, para tener una historia, tengo que ir a buscarla. Así que iré a una tienda de antigüedades para empezar por lo básico: su origen.

No tengo idea sobre anticuarios y me suena la guata de hambre, así que resuelvo que primero tomaré desayuno y después veré cómo lo hago. Tiro el cubrecamas hacia delante para que mi mamá crea que hice la cama y ordeno un poco mi pieza. Mientras más contenta la deje, menos molestará. Paso al lado de la ventana y veo el manzano en el jardín. El quiltro está bajo su sombra. Todavía no descubro si su fijación con el árbol es porque le gusta o porque ve algo más. Dicen que los animales pueden percibir cosas que uno jamás vería. Yo me pregunto si ese es el caso del quiltro, aunque me cuesta creerlo porque él es un volado como yo.

Bajo las escaleras y veo a mis papás ordenando cosas en el living. Sillones, muebles, cuadros. En realidad, mi mamá dispone y mi papá ubica: más a la derecha; no, más a la izquierda. Mi papá me saluda y mi mamá dice que el desayuno está en la cocina. Voy para allá y veo el pan tostado y la palta molida, ennegrecida. Lo sirvo en un plato y vuelvo al living. Me quedo parada en el umbral y les pregunto cómo durmieron. Mi mamá no responde, solo dice que no hable con la boca llena.

Mi papá está absorto en el orden. Subo de nuevo a mi pieza, dejo el plato en el piso y tomo el celular. Como todavía no tenemos Internet, solo me resta el 3G para averiguar dónde puedo encontrar una tienda de antigüedades. Abro el buscador y escribo "Antigüedades Ñuñoa", pero me arroja un sinfín de posibilidades en Providencia. Entonces, leo: "Hace treinta años que en el edificio Los Pájaros, el caracol de Avenida Providencia con Bucarest, reinan las antigüedades. Son cerca de cuarenta locales donde abundan los recuerdos y un solemne respeto por los objetos antiguos", dice una de las páginas que encuentro. Iré para allá. Me ducho lo más rápido que puedo, me visto, tomo el espejo y lo meto en la mochila. No es tan grande ni tan pesado, así que me viene perfecto para llevarlo en el canasto de la bici.

Bajo las escaleras y grito "Chao", pero antes de que pueda salir, mi mamá vuelve a la vida y me detiene en la entrada de la casa. Para dónde vas, me pregunta como diciéndome que en realidad no iré a ningún lado. A Providencia, le contesto. Por qué, vuelve a preguntar. (Para mi mamá todo lo que sea antigüedad vale callampa, así que decido que no le contaré sobre el espejo. De hecho, me sorprende que todavía no haya retado a mi papá por comprar una casa vieja y usada, en vez de una

nueva con quincho y piscina). Quiero ver algunas cosas para mi pieza, respondo. Podrías ir otro día, tenemos mucho que hacer en la casa. Antes de que empecemos a pelear, mi papá se mete y dice que no es necesario. No me llesves la contra en frente de la niña, dice mi mamá y a mí me da tirria que me trate así, como una cabra chica inoperante. Mi papá le dice que también son mis vacaciones, que ya me quedé en Santiago y que he ayudado bastante en este nuevo proyecto familiar. Yo lo escucho hablar y entiendo por qué tengo el complejo de Electra. Mi mamá asiente como si sufriera espasmos en el cuello y me dice que vuelva temprano porque a ella no le gusta almorzar tarde. Mi papá me pasa cinco lucas y dice que si se me hace tarde, coma algo en Providencia. Ah, genial, suspira mi mamá y vuelve al living. Mi papá guiña el ojo y la sigue. Sé que ahora sí lo retará, pero no importa, eso es lo que hace mi mamá. Meto la plata dentro del banano, me subo a la bici y me voy de la casa.

Santiago está muerto. Andar en bici es como volar. Pedaleo mientras pienso en lo rara que es toda esta historia. Pienso, en realidad, si será tan rara como creo o me estoy puro pasando rollos. Y en menos de cuatro cuadras me doy cuenta de

que no, no es rollo. Encontrar un espejo enterrado, soñar con él toda la noche. Esto tiene que ser por algo. Tiene que haber alguna razón. Yo no soy una de esas minas esotéricas, pero tampoco me trago las casualidades. Si lo hiciera, en primera instancia, no estaría sobre la bicicleta camino a Providencia.

Llego en menos de quince minutos. Dejo la bici asegurada a un poste que está justo frente a la galería caracol, tomo la mochila y entro. Sé que estoy donde esperaba porque hay un letrero horizontal que va por encima de tres ventanales: "ANTIGÜEDADES", dice con letras color ocre sobre fondo negro. Entro y advierto que tengo para regodearme porque hay un anticuario tras otro en los tres primeros niveles del edificio. Paseo frente a las vitrinas, incapaz de decidir dónde entrar. Hay todo un mundo aquí dentro: arte religioso, piezas arqueológicas, candelabros y lámparas de lágrimas, muebles, cuchillería de plata y tazas de porcelana. (Ahora entiendo por qué a mi papá le maravillan tanto las antigüedades).

Camino por el primer piso (que en realidad es un subterráneo) y luego subo hasta el segundo. Ahí hay una tienda que llama mi atención porque está dedicada exclusivamente a objetos coloniales. Yo no sé mucho sobre historia del arte, pero intuyo

que esos ángeles obesos fueron otra de las grandes ideas de los españoles, así que esa época me viene bien para la investigación. Entro a la tienda con paso lento, me cuesta moverme porque está atiborrada de objetos, grandes y chicos. Cruces, jarros, muebles, platos, cofres, teteras, llaves, monedas. Hay olor a viejo. El señor que atiende está sentado al fondo, limpiando unas cucharas del año de la pera, como todo lo demás. Está lleno de canas y barba y arrugas, y pronto pienso que él va de la mano con el inventario de la tienda. Me mira y como no me alcanza a ver bien, se pone sus anteojos poto de botella. Buenas tardes, señorita, me dice con tono amable. Hola, cómo está, le respondo. Muy bien, ¿en qué la puedo ayudar? El viejito me da confianza, así que me acerco y le digo que necesito información acerca de algo que ando trayendo. Él asiente y hace un ademán para que muestre el objeto en cuestión. Saco el espejo de la mochila y lo dejo sobre el mueble de vidrio que separa al viejo de mí. Él prende una lámpara que está encima y la trae más cerca de sí junto con el espejo. Saca otros anteojos (que parecen binoculares con lente de microscopio) y empieza a revisar cada esquina, cada detalle. Sus dedos recorren el borde irregular, pasa por las mujeres hasta llegar a los ángeles y ahí se detiene. ¿Dónde lo encontró?, me

pregunta. En el patio de mi casa, contesto. No dice más, sigue mirando. Lo da vuelta una vez, dos veces. Mmm... sí... Mmm... extraño... Veamos... Se voltea y abre un mueble de madera. Alcanzo a ver que está lleno de libros, probablemente igual de viejos que él. Su dedo índice revisa cada volumen hasta dar con uno en especial. Lo saca del mueble y enseguida lo deja sobre el mesón de vidrio. Moja un dedo, corre una página amarillenta. Moja otro dedo, corre otra página. Sigue sin decirme nada, pero no lo molesto.

Finalmente, se queda en una página y me la muestra. Veo varios espejos dibujados a mano y cada uno se parece un poco al mío, a excepción de un detalle. Algo que lo diferencia abismalmente de esas ilustraciones; algo que, me hace pensar, es más que un simple dato: los ángeles. Tiene buen ojo o intuición porque no hay duda de que es un espejo colonial, me dice el viejo. Probablemente date del año 1600. Si se fija, señorita, verá que hay una mezcla entre la geometría del arte indígena y el barroco del arte español. (Yo asiento como si reconociera perfectamente qué se le atribuye a qué, cuando lo único que sé es que los ángeles fueron imposición de los españoles). En esta época, los motivos religiosos eran pan de cada día y se usaban mucho para evangelizar a los indígenas de

la zona, por eso no es extraño que el espejo esté coronado por dos ángeles, dice el viejo mientras me muestra más ilustraciones. Pero estos ángeles son distintos, le digo, y él afirma, mudo. ¿En qué lo nota?, me pregunta. Sus caras, contesto. Los ángeles de su libro están sonriendo, parecen contentos, en paz; los ángeles de este espejo, en cambio, tienen otra expresión. El viejo se me acerca como temiendo que alguien lo vaya a oír, me tira su aliento azumagado y agrega: Son ángeles malditos. Discípulos de la oscuridad, descubiertos por la luz, que pronto caerán. Intento tragar saliva, pero tengo la boca seca. Yo no me asusto fácilmente, de verdad, pero tener a un viejo rodeado de antigüedades que me habla del diablo con un aliento pútrido le debe dar miedo a cualquiera. ¿Por qué alguien haría un diseño así?, le pregunto. Nunca había visto nada igual, es único en su tipo, me responde; pienso que el espejo representa el bien y el mal a la vez. ¿Eso significa que su dueño era bueno y malo?, le pregunto. Él niega. De ser así, no habría simbolizado nada nuevo, todos tenemos algo de luz y oscuridad, dice el viejo. No, yo creo que este espejo representa algo más complejo. ¿Algo como qué?, lo interrogo ya un poco ansiosa. El viejo no responde al tiro, está buscando las palabras precisas. Es un espejo que no fue hecho por

manos expertas, no por lo menos el marco, dice. Es demasiado rústico para el buen manejo que tenían los artistas de la época. Y si no fue hecho por un fabricante de espejos, significa que alguien lo confeccionó para uso personal o como regalo para una persona cercana. Alguien cuyo destino aún no estaba definido. Alguien que podía elevarse hacia la luz (dice tocando las alas de los ángeles) o sucumbir ante la oscuridad, dice pasando los dedos por sus caras macabras.

Espero que pronto me diga algo así como que el espejo está maldito, que me lo lleve lejos de ahí y que no vuelva nunca más a su tienda, pero no. Me hace una buena oferta, la mejor que encontraré, según él. Le respondo que no, y hago el intento de tomar el espejo, pero él pone su mano encima y vuelve a insistir. Entonces me dice lo que antes esperé: que los indígenas creían que esos espejos estaban malditos, que los españoles jamás habrían tenido algo así en su casa, que es un mal augurio, el peor. Le contesto: Qué suerte la mía porque no soy española ni indígena ni creyente, sino mestiza y atea. Tomo el espejo, lo meto en la mochila y me largo de ahí.

Dejo la mochila en el canasto de la bici y saco el seguro para empezar a pedalear de nuevo. Miro el

reloj del celular y me doy cuenta de que es casi la hora de almuerzo. Decido que volveré a la casa: si vuelvo a almorzar, de seguro le ahorro los gritos de mi mamá a mi papá. Más tarde iré a un cibercafé para averiguar más sobre la casa. Si el espejo maldito estaba enterrado ahí, es porque pertenece a ella. Aprovecharé el almuerzo familiar para marcar tarjeta y conversar con mi papá. Él debe tener la escritura, algún dato más preciso sobre el terreno y asumo que me podrá dar nuevas pistas. Le prepararé un café (bien cargado como le gusta a él) cuando mi mamá se vaya a dormir siesta (porque nunca, jamás, se capea su siesta). Quedará loco con el café y me contará todo lo que sepa sobre la casa que acaba de comprar.

Empiezo a pedalear mientras pienso en toda la información que tengo. Un espejo fabricado por alguien que no sabía hacer espejos. Un espejo raro, misterioso, que tiene el bien y el mal dentro de él. Como todas las personas. Como yo. Un espejo-persona. Pienso que es obvio que haya sido creado para alguien, pero no para cualquiera. Alguien, quizás, que no era ambiguo, sino bueno o malo. Una u otra. Alguien cuyo destino no estaba definido aún, como dijo el viejo. Alguien que, cuando se inclinó por un lado, enterró el otro bajo el manzano. Como si ocultando el espejo pudiera enterrar

la parte que no quisiera de ella. Y no sé por qué, entonces, se me viene esa palabra a la cabeza: "Ella". Una mujer sin rostro. Asumo que la imagen apareció porque el espejo está entrando en mí. Se está colando por alguna parte de mi cerebro. Por eso sueño con él. Por eso estoy obsesionada con él. Y me asusta un poco, pero no soy de las que dan vuelta atrás, menos por miedo.

Sigo pedaleando y, de nuevo, en menos de quince minutos, ya estoy en mi barrio. A medida que me acerco, no me gusta lo que veo: humo. Temo lo peor. Nunca rezo, así que aprieto fuerte las manos al manubrio y espero que no sea mi casa. Y si es, espero que mis papás estén bien. Que no le haya pasado nada a esa guagua que viene en camino. Que mi quiltro esté ladrando lejos de las llamas. Pedaleo más rápido para averiguar, de una vez por todas, de dónde viene el humo. Cuando estoy lo suficientemente cerca, veo el fuego salir de mi casa. Los vecinos, la ambulancia afuera. Los bomberos dentro. Dejo la bici en el suelo y corro hacia la entrada para ver cómo está mi familia. Siento la adrenalina en cada rinconcito de mi cuerpo, como cuando fui con el flaco a tirarme en parapente. Pero este tipo de adrenalina no me gusta porque detiene el tiempo en una bolsa de mareo. Corro y mis piernas son dos cordones de

lana. No avanzo, no llego. El quiltro sale a recibirme, corre hacia mí. Uno menos. Mi mamá me abraza histérica, tres menos. ¡Qué bueno que te fuiste! ¡Qué bueno que no estabas!, grita. Llega mi papá con una cara fatal y me abraza. No dice nada. Pregunto dónde se produjo el fuego, porque claramente no fue en la fachada. Adentro, en tu pieza, responde él. Fue una suerte que no hubiera nadie ahí, porque en menos de dos segundos las llamas se lo comieron todo, me cuenta. Le devuelvo el abrazo y esperamos a que los bomberos apaguen el incendio. Después de media hora, las llamas ya no están. Solo hay una cortina de humo alrededor de la casa. Recuerdo la imagen del espejo en mi sueño: cenizas que caen como nieve negra.

Él se fue y no volvió más. Se fue por culpa de la niña, pensaba ella. Se fue por mi culpa, decía la niña. Se fue porque de eso trata la vida: de la muerte, aseguró la negra. Los criados murmuraban, hacían conjeturas, hablaban. Decían que la culpable de la muerte del patrón había sido la mujer, al querer asesinar a la niña. Decían que prendió fuego en el dormitorio de la niña y que, pronto, toda la casa ardió. Pero la negra, siempre fiel al dueño de turno, los hacía callar. Y los criados enmudecían porque ninguno se atrevía a discutir con la negra. Lo cierto es que, sin importar razones, él se fue y no volvió más. La muerte lo alcanzó por la espalda. Lo envolvió en llamas devorando cuerpo y casa. Con su partida dejó a mujer e hija que, cada día, acumulaban más distancia entre ellas.

Tres años transcurrieron desde la muerte de su marido y ella sentía el peso de cien sobre su conciencia. En un principio, le fue útil pensar que su plan era otro, que jamás hubiera querido asesinarlo. Pero terminar con la vida de él, de esa forma,

significó acabar con la suya. El remordimiento y la pena se extendían por su cuerpo como un virus imposible de combatir. Se sentía infeliz, desgraciada. Maldita como su vientre infértil. La culpa de todo la tiene esa niña, se repetía a sí misma como si ese pensamiento le ayudara a canalizar la angustia. La frase, sin embargo, solo servía para aumentar el odio que se anidaba en ella. El rechazo crecía y no existía alguien que no lo viera. Todos los que ahí vivían conocían la antipatía que la mujer sentía por la legítima heredera. La miraba con desdén, la trataba con desprecio. La culpaba por la muerte de su marido, por las desgracias de la casa. A veces, cuando la negra no estaba cerca para protegerla, le pegaba. Aun así, la niña jamás mostró señal de rencor. No le importaba color o rango social, actuaba de igual modo con todos los seres que la rodeaban. La negra decía que la misma naturaleza conocía su corazón, porque hasta los animales y plantas parecían más vivos a su lado. Cuando la mujer escuchaba frases como esas, no podía evitar que la envidia escapara de sus labios. Una vez la interrumpió, le ordenó que no dijera esas cosas frente a la niña porque con ello solo alimentaba su vanidad. ¿Qué es vanidad?, preguntó la niña. Algo que tú jamás tendrás, respondió la negra y la mujer sintió hervir la rabia en cada rincón de su

cuerpo. Rabia porque no era autoridad, porque los empleados la desafiaban. Rabia porque una niña había sido capaz de arrebatarle toda felicidad de su vida. Ya no más, se prometió a sí misma un día. Nunca más.

Una noche de lluvia oscura fue hasta el dormitorio de la negra. La encontró bebiendo uno de los zumos que antes preparaba para su patrón. Nunca más hiciste uno de esos, le dijo. Si la dueña quiere, la negra lo hace, contestó. Siempre tenía respuesta para todo. Sí, quiero un zumo, aunque no de ese tipo. La negra alzó su mirada y vio la muerte en los ojos de la mujer. Quiero saber dónde reside tu lealtad. Con usted, respondió la negra. La mujer negó. Eso no es cierto, no te creo. Tú siempre has querido a esa niña. Incluso antes de su nacimiento, ya la querías. Mi marido me contó que presagiaste su llegada. La negra asintió. Vi la luz en el vientre de la señora, dijo. La mujer imaginó la felicidad del difunto en ese momento, cuando supo que la vida llegaría a su casa. Después recordó la tristeza que sintió cuando vio el desierto en su vientre.

Maldita niña. Maldita.

De qué luz hablas, negra sucia, si esa niña es la desgracia. Por eso la pudiste vaticinar tú, que también estás podrida. Por eso la trajiste al mundo tú, que no tienes Dios ni ley. La negra apuntó a la

mujer con su dedo índice. No tengo Dios, pero sí ley. La mía propia, de nadie más, afirmó. Sí, dicen que tu ley es ser fiel al dueño de este terreno sin importar quién sea, la desafió la mujer. Hay muchos mitos sobre ti, ¿lo sabías? Dicen que eres hija de esta tierra, que no puedes salir de aquí. Algunos incluso aseguran que eres hija del manzano y que, quien coma de sus frutos, quedará estancado en este mundo, como tú. Cuentan que naciste vieja y por eso nadie conoce tu infancia. Dicen que estás maldita como la niña y que por eso ambas se corresponden. Dime, negra, cuál de todos esos mitos es verdad. Todos y ninguno, contestó. La negra y sus palabras encriptadas. Entonces, si es verdad que eres fiel al dueño del terreno, tendrás que probarme tu lealtad, le dijo. La dueña legítima es la niña, señaló la negra. Eso no dice la autoridad, contestó la mujer. Si quieres continuar en esta tierra, prueba que eres fiel a mí; de lo contrario, yo misma te echaré. Te respeto, pero no tiemblo ante nadie. La negra vio la voluntad de la mujer, la escuchó, la sintió. Qué quiere que haga, dígame, señora. Quiero que envenenes a la niña. Le dijo que era el origen de todos sus males, que le recordaba lo que pudo haber sido y no fue. Que no soportaba estar cerca de ella. La negra respondió que le daría lo que estaba pidiendo, pero que

sería bajo sus condiciones: primero, le entregaría la mezcla en la próxima luna llena; segundo, debería ser ella quien diera de beber el zumo a la niña. La mujer asintió, conforme, y le advirtió: No intentes dilatar un momento que debe llegar, negra. Fue la primera y última amenaza que recibiría de ella.

La próxima noche de luna llena llegaría dentro de una semana. Eso le daba tiempo a la negra para preparar el veneno y a la mujer para acercarse a la niña. Si quería darle de beber el zumo, debía estar lo suficientemente cerca como para que tomara algo que viniera de ella. La niña ya tenía diez años, no podría engañarla como antes. No podía llegar y ofrecerle amablemente el zumo, porque no le creería. Vería dentro de sus ojos la cólera que desencadenaba su sola presencia. Los criados tampoco eran ingenuos: sospecharían de ella apenas la vieran acercarse a la niña. Por eso, el plazo de la negra le confería tiempo suficiente para hacer aquello que la primera vez olvidó: un plan. Su primer intento resultó fallido porque no razonó. Permitted que un arrebato se apoderara de ella. El odio que sentía contra la niña se desbordó y no la dejó prever consecuencia alguna. Había perdido la oportunidad de ser feliz, de vivir en paz. En esta ocasión sería cuidadosa. No dejaría huellas de su implicancia en la muerte de la niña.

Tres noches antes de la luna llena volvió al dormitorio de la negra. Salió de la casona por una puerta lateral para que sus pasos no resonaran en el interior. Caminó bajo el manto oscuro y frío de la noche santiaguina en invierno, con la sola compañía de una vela. La lluvia era lo único que se escuchaba. Entró de vuelta a la casa por la puerta de la cocina y, para su sorpresa, ahí encontró a la negra. Estaba con una mano en la cintura y otra en el bolsillo, apoyada sobre la pared. Aunque no quisiera reconocerlo, esa mujer le inspiraba terror. La negra era todo lo que ella no conocía, no sabía. Su pasado, su futuro. La negra era poder genuino, algo que ella no imaginaba tener jamás. Ya sé lo que quiere ahora la señora, le dijo. Y será como usted quiere. Cómo no le iba a inspirar temor la negra, si podía ver a través de ella. La negra era igual al espejo que le había entregado cuando llegó a la casona: le mostraba aquello que no quería ver. ¿Puedo estar segura?, le preguntó severa para que no advirtiera su inquietud. Mañana al mediodía todos caerán enfermos, señora, incluso usted. La mujer asintió y abandonó la cocina tan rápido como pudo.

Fue como dijo que sería. A las doce del día siguiente todos los habitantes de la casa ya estaban enfermos. Unos tuvieron vómitos; otros, fiebre.

La mujer y la niña tuvieron ambos. La negra, nada. Ninguno cuestionó su inmunidad; para ellos, era evidente que la negra tenía un pacto con fuerzas que le cuidaban la espalda. La mujer hizo un verdadero teatro: no se levantó hasta la mañana siguiente, aunque se preocupó de que todos la vieran decaída. Se le vio, incluso, dando de comer a la niña. Pronto comenzó a correr el rumor de que el difunto patrón había mandado una plaga con el fin de acercar a la mujer con su niña. Funcionó, aseguraban, la patrona ha cambiado. Solo la negra conocía sus verdaderas intenciones.

Cuando finalmente llegó la luna llena, la mitad de los enfermos había mejorado y la otra, empeorado. Dentro de la segunda mitad se encontraba la niña, cuyas altas temperaturas apenas la dejaban dormir. Esa noche, solo la mujer y la negra estaban dentro del dormitorio. Había ordenado que trasladaran a la niña hasta su habitación con la excusa de que era más amplia e iluminada, pero la verdad era que quería asegurar una privacidad absoluta. La niña gemía sobre la cama, alucinaba por la fiebre. Llegó el momento, le dijo la mujer. Los empleados sanos ya habían terminado su jornada laboral y los que aún continuaban enfermos tampoco saldrían de sus habitaciones. Su plan había sido urdido y realizado con delicadeza: ese era el

minuto para actuar y nadie, nunca, sospecharía de ella. No podrían culparla por la muerte de la niña si días antes toda la casa cayó en fiebre y dolor. La negra hurgó entre los pliegues de su delantal y de ahí extrajo una botella pequeña y transparente. Dentro de ella se podía ver un líquido púrpura con reflejos verdes, de aspecto viscoso. Se lo entregó en la mano a la mujer. Yo cumplí mi parte, ahora le toca a usted. Ella sabía a qué se refería. La negra no mataría a la niña; en el fondo, era fiel a ella. Siempre lo había sido. Si quería envenenarla debía hacerlo sola.

La mujer vio a la negra salir del dormitorio y perderse en los pasillos laberínticos de la casona hasta quedar sola con la niña. Caminó hasta el espejo, que estaba colgado en una de las murallas de adobe. Miró en él su reflejo demacrado. Irradiaba muerte. Los surcos atravesaban sus mejillas, ojos y boca. Estaba vieja, cansada y llena de amargura. Apretó con fuerza el frasco entre sus manos y se sentó al borde de la cama. Observó a la niña. Estaba pálida y sudaba como nunca antes lo había hecho. Sus labios, sin embargo, seguían rojos como la sangre; su pelo, negro como el ébano. Incluso con la enfermedad dentro de su cuerpo, la niña seguía siendo hermosa. Irradiaba vida. Tú fuiste mi perdición, murmuró. Ahora yo seré la tuya. Quitó

el corcho que tapaba la botella, la mano ni siquiera titubeó. Estaba segura de su decisión. Sería lo mejor para ella, para la casa completa. Sería mejor, incluso, para la niña. Un pequeño brote de rabia la invadió al imaginarla en compañía de sus padres. Todos muertos y reunidos. Todos contentos y en paz. Pronto acabó: nadie que muriera en manos de la negra podría tener un final feliz. Sonrió. Abrió la boca de la niña con una mano y con la otra vertió el zumo. La niña bebió hasta la última gota. Está hecho, dijo la mujer. Ahora solo quedaba esperar.

No fue mucho el tiempo que pasó para que la mujer notara las consecuencias. El zumo preparado por la negra comenzó a hacer efecto durante la noche y, para la mañana del día siguiente, la piel de la niña ya no era blanca, sino amarilla. Pulmones e hígado parecían estar totalmente dañados. Los criados murmuraban que el diablo había llegado a la casa para no irse jamás: El diablo se llevó al patrón, el diablo se llevará a la niña. La mujer sabía que se referían a ella. La mujer era el diablo. No la querían y la culpaban por la tragedia de su marido. Con respecto a la niña, sin embargo, no podrían decir lo mismo. La enfermedad se apoderó de todos los habitantes de la casona: a algunos los dejó ir; otros se irían con ella. Solo las

supersticiones estaban en su contra. Aquellos que creían ver en ella al mismo demonio desconfiarían siempre, sin razón alguna. Pero, en este caso, la lógica estaba de su lado. La niña enfermó como todos los demás y había empeorado, ¿cómo podía eso ser su culpa? El plan urdido le quitaba cualquier responsabilidad, lo sabía.

Así estuvo durante una semana: serena y en calma, aunque demostrando preocupación por el estado de salud de la niña. No obstante, la impaciencia no tardó en llegar. La piel de la niña no cambió su tono amarillento y, a su vez, seguía alestargada y con mal aspecto. Sin embargo, por más que el tiempo pasaba, la niña no fallecía. La mujer se veía esperar por una muerte que, al parecer, no llegaría jamás. Y eso la turbaba, la exasperaba. La niña parecía ser inmortal, como una diosa, mientras ella representaba todo lo contrario. Ella, la bruja que envejece. Ella, la bruja que siempre va contra el tiempo. Ella, la bruja malvada con la sola compañía de un espejo.

Cuando cayó la noche, se reunió con la negra a los pies del manzano. Me engañaste, yo sabía que tu lealtad estaba al lado de esa niña. La negra lo negó. Yo hice lo que usted mandó, le respondió. ¿Con qué cumpliste tú, negra sucia, si esa maldita niña sigue aferrada a la vida? Usted pidió que la

envenenara y eso fue lo que hice. La mujer sintió la sangre bullir dentro de su cuerpo. Esa esclava mediocre, tocada por el mismo diablo, jugó con ella. Negra tramposa, le dijo con los labios resechos de ira. Negra ruin. Pagarás caro tu traición. Usted no hará nada contra mí, la interrumpió la negra. Yo sé que no, usted sabe que no. Las promesas no deben romperse, señora, porque la oscuridad acecha a los de corazón desleal y se los lleva a su lado para no dejarlos jamás, sentenció. Es por eso que tú estás ahí, negra, porque no eres fiel ni contigo misma. Te ordené que la envenenaras para matarla, no para que sintiera la necesidad de luchar por su vida. Ahora esa mocosa despertará más fuerte que antes y yo me hundiré más rápido en el barro. Pero eso tú ya lo sabías, ¿cierto? Eso es lo que tú esperas, por lo que tú rezas. La negra lo volvió a negar. Yo no rezo, señora. La niña fue envenenada como usted lo pidió. Si no le gustó lo que sucedió, la próxima vez deberá ser más clara. Como usted dice, la negra es sucia, tonta y esclava; si no le explican, la negra no entiende. La mujer apretó ambas manos en puño. Quería azotarla, pegarle con sus propias fuerzas. Pero no podía. Ella y la negra lo sabían. El temor a sus conjuros era mayor al deseo de venganza. No habrá próxima vez. Yo me haré cargo. Esa niña morirá, aseguro.

¿No lo entiende?, preguntó la negra luego del silencio. La niña es luz. Cuando usted llegó a esta casa, perdida y sin memoria, también era luz. Pero a medida que una crece, la otra se apaga. La poca luz que aún habita en usted se desvanece a medida que hablamos. Ahora la niña es la vida y usted es la muerte. Entonces, la muerte se llevará a la vida, contestó la mujer. Todavía no comprende, señora, que así como usted se dice y se piensa maldita, la niña se dice y se piensa bendecida. La niña no puede morir. La niña no morirá, aseguró la negra.

Encontraré otro medio para deshacerme de ella. No hay espacio para las dos en este mundo. Una de las dos debe dejarlo. Y no seré yo.

La mujer le dio su espalda y volvió a la casona.

Atrás, en la penumbra, quedó la sombra del manzano que se fundía con la negra.

Seis

Mi mamá abraza a mi papá y llora. El quiltro se me acurruca a los pies; se nota que tiene miedo. Y cómo no, si el humo tiñó el cielo de negro. Me agacho y le hago cariño en el lomo. Llegan dos bomberos a hablar con nosotros (en realidad con mi papá, porque a mi mamá la tratan como embarazada vulnerable y a mí no me pescan). Ya está todo bajo control, le dicen. Mi papá suelta a mi mamá (que se queda abrazándose a sí misma con cara de trauma) y le da un apretón de mano al bombero. Muchas gracias, de verdad, le contesta. El bombero asiente, orgulloso. Pudimos corroborar que el fuego empezó en el segundo piso, en la última pieza del pasillo para ser preciso, aunque todavía no averiguamos qué lo provocó, dice. El otro bombero que está más atrás, se acerca. Lo más probable, en todo caso, es que haya sido un problema eléctrico, añade sediento de protagonismo. Estas casas viejas siempre generan ese tipo de inconvenientes, así que le recomiendo invertir en una buena remodelación, concluye. Genial, dice

mi mamá. Mira con odio a mi papá y se va al interior de la casa.

Mi papá, el quiltro y yo, sin embargo, seguimos anclados frente a la reja de la entrada. Escucho que mi papá da un suspiro larguísimo, lleno de tedio. Sabe que se le viene una pelea horrible con mi mamá. Que para qué compra una casa antigua, que se está viniendo abajo. Que ahora deberán pedir otro crédito y que gastarán todos sus ahorros. Que eso de comprar cosas añejas e invertir es cosa de emprendedores ricos, no de clase media. Veo venir todo eso y le doy una palmada en la espalda. Quizás tu mamá tiene razón, debería haber comprado una casa más fácil. Niego con la cabeza. Esta es nuestra casa, lo supimos desde que la vimos, le digo. Vamos a salir de esta como siempre lo hacemos. Además, ¿quién dijo que tener casa propia era fácil, ah? Él sonrío. Vas a tener que dormir en otra pieza hasta que remodelemos la tuya, me explica. Encojo los hombros, para demostrarle que no hay problema. Él pone su mano en mi mejilla. Ojalá tu mamá fuera tan condescendiente como tú, concluye. No tengo idea qué significa esa palabra, pero asumo que es algo así como relajado o buena onda porque mi mamá es todo lo contrario. Ahora yo le sonrío de vuelta y le hago una seña para que entremos a almorzar. Recién me doy cuenta de que

van a ser las tres de la tarde y muero de hambre. Mi mamá está en el living, celular en mano. Cuando entramos, corta el teléfono. Pedí comida china, le dice a mi papá con una ceja arqueada. A mí no me habla. Cuando mi mamá está enojada hace dos cosas: deja de hablarme y pide comida a los chinos de la esquina. Y esas dos cosas las hace por un solo motivo: sabe que molestan a mi papá. Sabe que le carga que me meta en sus peleas matrimoniales y sabe que detesta el aliño de la comida china. Pero aun así, lo hace. Y siempre logra sacarlo de quicio. Así que, antes de que empiecen los gritos, subo al segundo piso y huyo de ellos. (En realidad, de ella).

Arriba hay más olor a humo que abajo y pronto comienzo a carraspear. Trato de hacerlo lo más despacio posible porque, si no, de seguro me obligan a quedarme en el primer piso y sé que no quiero estar ahí. No tengo ninguna intención de ser testigo de la guerra mundial ochomil. Camino por el pasillo y siento como si el calor del verano y del fuego me comieran por dentro. Me gustaría tener aire acondicionado y que se propagara rápidamente por toda la casa, pero no lo tengo, así que me conformo con entrar al baño y mojar-me la nuca. Veo mi reflejo en el espejo y entonces me cae la teja de verdad: es obvio que el incendio no fue porque la casa tiene los cables muy viejos.

No, lo que provocó el fuego no fue la electricidad, fue algo más. Algo que sé (lo intuyo) es propio de esta casa. O del terreno. O del espejo. O de todos juntos.

Vuelvo al pasillo y entro a mi pieza (a lo que queda de ella). Está entera negra, tal como queda el cubrecamas blanco cuando el quiltro se sube a él después de jugar en la tierra. Hay cenizas y escombros, aunque no muchos. Camino con paso lento porque sé que mi mamá haría otro escándalo si me viera aquí dentro; creería que el suelo se podría partir en dos para caer y terminar muerta en el primer piso. Ella es así de alarmista. Miro por la ventana, que ya no tiene borde ni vidrio, y veo el manzano. Parece mover sus ramas al compás del viento, pero sé que eso es imposible porque es febrero, estamos en Santiago y con suerte hay aire para respirar. Ese árbol es diferente a cualquiera que haya visto antes. Más que tener vida propia, es como si tuviera una vida dentro de la suya. Como si se hubiera comido a alguien y esa persona lo moviera desde dentro. Me intriga, me produce curiosidad y, al mismo tiempo, me da miedo. Igual que el espejo.

La tos se me escapa, no puedo evitarlo. Giro para salir de la pieza y, cuando paso frente a la muralla donde colgué el espejo la noche anterior, advierto que hay algo distinto. En comparación con el

resto del dormitorio, ese espacio está más ennegrecido. Pareciera como si alguien hubiera prendido fuego justo en el lugar donde puse el espejo porque hasta su forma ovalada quedó impregnada en el muro. Me acerco, levanto la mano con la intención de tocar la muralla, pero me detengo. Sé que estoy frunciendo el ceño. Vuelvo a levantar la mano y, esta vez, la apoyo sobre el muro ennegrecido. La imagen de una mujer se me viene a la mente, como el flash de una fotografía. Tiene una mirada oscura que se pierde en su piel, del mismo color. La nariz aguileña, los dientes amarillos. Quizás me debiera dar susto tocar una muralla y que aparezca la imagen de esa mujer, pero de algún modo me siento familiarizada con ella. No le temo, me produce curiosidad, como el espejo. Imagino que algo raro pasó en esa casa y que, por algún motivo que desconozco, esa mujer se está comunicando conmigo a través del espejo. Lo intuyo porque, después de todas las películas que he visto, me parece lo más lógico. La historia tiene todos los ingredientes: el misterio del espejo, la mujer que se comunica conmigo. Yo sería algo así como la médium. Y si ese es mi papel en toda esta locura, entonces voy a interpretarlo de la mejor manera. Llegaré hasta el fondo. Descubriré quién es esa mujer y qué relación tiene con el espejo.

La comida china llega pronto porque es Ñuñoa y está lleno de esos locales con despacho a domicilio en media hora. Mi mamá decide almorzar sola en la pieza. Mi papá cree que es porque sigue enojada, pero yo sé que es porque quiere ver la teleserie. Nosotros dos y el quiltro nos vamos a la terraza, tiramos unos cojines al suelo y nos sentamos sobre ellos. Mi papá come arrollados primavera (que es lo único que tolera) y yo devoro los tallarines veganos (que son lejos los mejores). Con la boca llena (como si pudiera molestar a mi mamá desde lejos porque sé que a mi papá le da lo mismo), le pregunto qué sabe sobre el origen de la casa. Él me mira con curiosidad, aunque no hace preguntas sino que se limita a contestar. Solo sé que fue construida en 1948, dice. No tengo idea quién la construyó o quiénes fueron los primeros en vivir aquí. Le contesto que de seguro el que construyó la casa no fue el primero en habitar el terreno. Él no me pregunta por qué; la respuesta es evidente: alguien más debe haber ocupado esa tierra antes de 1948. Y yo sé quién. Fue esa mujer.

Converso tonteras con mi papá para matar el tiempo del almuerzo. No le quiero contar lo que sé, lo que me pasa, porque esta es mi historia y no quiero compartirla con nadie, ni siquiera con él. El quiltro se echa entre los dos, le gusta ser el centro

de mesa. Mi mamá dice que lo tengo malacostumbrado, que lo he criado mal porque es un perro que no tiene hábitos. Yo pienso que los animales no debieran tener hábitos, sino libertad. Y yo vivo mi libertad a través del quiltro. Desde que tengo recuerdos que me siento así, amarrada. Todas las cadenas me las puso mi mamá; mi papá tiene la llave y, a veces, cuando puede, me libera. Él se parece un poco más a mí (o yo a él); tiene la piel pálida y el pelo negro; le gusta jugar con el quiltro y las antigüedades. Mi mamá, en cambio, podría perfectamente ser mi madrastra no solo porque físicamente somos todo lo contrario, sino además porque su personalidad es totalmente opuesta a la mía.

Cuando era niña, niña chica, pensaba que era adoptada. Muchos niños piensan lo mismo. El flaco, por ejemplo, me contó una vez que su hermano mayor lo molestaba asegurándole que lo habían encontrado a las orillas del río Mapocho; yo, que en ese entonces estaba obligada a leer la Biblia, le decía que, de ser así, no era tan malo porque a Moisés también lo habían recogido de un río y terminó siendo el salvador de todo un pueblo. El flaco, que en ese entonces era ateo, se convirtió al catolicismo, aunque le duró hasta que confirmo que no era adoptado ni similar a Moisés.

Mi sensación, sin embargo, era diferente. Yo no tenía hermanos que me inventaran historias de encuentros y adopciones; lo mío era una prueba empírica, real: no había posibilidad de que hubiese nacido de alguien a quien me parecía tan poco. En realidad, no me parezco en nada. Ella es rubia; yo morena. Ella es histérica; yo relajada. Ella se alarma; yo me detengo y pienso. Ella controla; yo delego. Cuando miro los ojos de mi papá, algo mío encuentro en ellos. Poco, pero algo. Cuando miro los ojos de mi mamá, solo veo vacío. Ella siempre ha sido una persona ajena a mí, a mi mundo de quiltros y vaguedades. A veces, cuando la veo hablándole a su guata de embarazada, me pregunto si algún día habrá conversado así conmigo. Me pregunto si habrá esperado por mí, como espera por el niño o la niña que viene en camino, y mi respuesta es siempre la misma: no. En ocasiones, cuando soy más blanda conmigo misma, la respuesta es: probablemente no. Aunque en el fondo, sé que no me esperó así. Sé que no me quiso ni nunca me ha querido así. Lo veo en sus actitudes, en su tono de voz. Lo veo en la lástima que le inspiro a mi papá y en el amor incondicional que me entrega el quiltro, como si supiera que soy una desarraigada y quisiera hacerme sentir mejor. Quizás el motivo es que no le costó tenerme. Ella me

contó que se quedó embarazada mientras pololeaba con mi papá, así que seguramente soy para ella una hija impuesta. Algo que no pidió, pero llegó y aceptó porque es católica.

Mi papá toma otro arrollado, lo masca y se le cae el relleno dentro del pocillo de soya, salpicando todo alrededor. Él sonríe y yo también. A él le da lo mismo mancharse, no se queja por tonteras. Es simple y alegre. Si mi mamá hubiese estado aquí, la situación sería diferente. Habría empezado a alegar que la camisa era nueva, que cómo no sabe comer un simple arrollado primavera. Ya no usa la palabra "roto", porque escuchó que era de rotos decirlo, pero lo cierto es que lo piensa. Mi mamá siempre ha encontrado que mi papá es poca cosa, un hombre de clase media esforzado cuyo sueldo no es suficiente para tener una casa con piscina y una hija bien vestida en un colegio ABC1. Si no hubiera sido por mí, de seguro mi mamá habría terminado con mi papá y se habría conseguido un abogado, no un psicólogo. A veces, cuando pelean (cuando ella pelea con él, porque a él no le gusta gritar ni discutir), le dice que es un mediocre; que por eso es psicólogo porque no le dio el mate para estudiar medicina, una carrera de verdad. Él podría responderle que por lo menos se decidió a estudiar algo y que gracias a eso vivimos,

pero nunca le contesta. Le dice ya, bueno, sí, claro, como si no le importara, aunque en el fondo, hasta el quiltro sabe que le duele. Quizás él sería feliz si mi mamá no se hubiese quedado embarazada de mí porque así habría encontrado a una mujer que lo quisiera de verdad y no estaría con alguien por pura resignación. Pero ya es demasiado tarde.

Termino de almorzar con un gusto amargo en la boca. Limpio los platos mientras mi papá ordena la casa. Mi mamá, a esas alturas, duerme siesta. El quiltro hace lo mismo para capear el calor. A mí casi se me olvida todo el asunto del espejo. Siento el peso de cien días en uno solo. Estoy cansada como hace tiempo no lo estaba y estoy segura de que no es por la mudanza ni el incendio. Subo las escaleras a rastras, como no le gusta a mi mamá. Recorro las piezas restantes para ver en cuál dormiré esa noche, ya que la mía es un vacío ennegrecido con olor a humo. No quiero dormir lejos del manzano. Por algún motivo, ese árbol es mi cable a tierra en esta casa, como si viéndolo o teniéndolo cerca tuviera las raíces que nunca he tenido. Sin embargo, no hay mucho que pueda hacer porque la única pieza desde donde se ve el manzano es la mía. Decido quedarme en la que está más lejos de mis papás, que es chica y acogedora. Mi papá puso

el sofá cama de color mostaza que mi mamá quería botar porque lo encuentra viejo y ordinario, pero mi papá se lo prohibió. Le dijo que había estado en su familia toda la vida, que todavía se podía usar y que no tenía plata para comprar uno nuevo. Hubo una pelea por eso, pero yo me fui y no alcancé a escuchar qué se dijeron esa vez. Mejor así.

Abro el sofá hasta dejarlo como cama y dejo encima mi mochila. Dentro de ella, está el espejo. No quiero verlo, no por ahora. Tengo la sensación de que el incendio lo produjo la mujer de ojos oscuros que habita en él, o en la casa, o en mí. Sé que de algún modo esa mujer está ligada al espejo, aunque no sé cómo ni por qué. Y a pesar de que quiero descubrirlo porque me mata la curiosidad, al mismo tiempo me pregunto si será bueno que lo haga, si con ello vendrán cosas positivas o negativas. Mi mamá diría que dejara todo como está, que no me meta en problemas. Mi papá diría que una vida sin verdad no es vida. El quiltro, si pudiera hablar, me pediría que le cuente todos los detalles porque es igual de curioso que yo. El flaco respira a través del Play y no tiene cabeza para nada más. Y yo... ¿qué digo yo?

Abro el bolso y saco el espejo. Veo a las mujeres, a los ángeles, alados y macabros. Alguien cuyo destino aún no está decidido, dijo el viejo anticuario.

Alguien que puede ascender a la luz o caer a la oscuridad. Qué vaguedad. ¿Quién no es así? Todas las personas que he conocido llevan luz y oscuridad dentro. Entonces, ¿qué tuvo de especial esta mujer de ojos oscuros que le fue necesario un espejo para representar su dualidad? Decido que mañana seguiré averiguando sobre la historia de esa casa, ese terreno y ese espejo, pero ahora solo quiero dormir. Quiero acostarme sobre el sofá cama, dormir y despertarme en la noche a comer un pan con palta para después volver a dormir. Estoy cansada y por algún motivo, tengo pena. No me gusta sentir pena. Siempre la he sentido ajena a mí.

Vuelvo a soñar con el espejo y la mujer de ojos negros. Esta vez, no hay nieve negra ni manzanas que se transforman en coágulos. El sueño de esta noche no me habla en metáforas, al contrario, me pinta un cuadro realista, aunque difuminado en sus bordes. La casa donde vivo no está, no existe. En cambio, una construcción de adobe y tejas color ladrillo está frente al manzano. Por una de las puertas dobles sale una mujer con falda ancha y café oscura, como sus ojos. Lleva una blusa que antes debió haber sido blanca, aunque ahora es crema y alrededor de la cintura usa un paño como cinturón. Esta es la mujer que vino a mi mente como un flash, pero ahora la veo de cuerpo

entero, caminando por el terreno que yo camino, saliendo de una casa que yo no conozco. Se dirige hacia el manzano a paso lento, nada la apura ni la detiene. Ella es una con esa tierra, que ahora es mía. La mujer apoya una mano en el tronco del manzano y murmura algo que no logro escuchar. Entonces, aparece corriendo una niña. Es diferente a ella. Tiene la piel blanca como la nieve, los ojos negros como la madera del ébano y los labios rojos como la sangre. Se parece a mí, pero no soy yo. La niña lleva un vestido celeste vaporoso y una trenza larga atraviesa su espalda. Es linda y dulce, como sacada de un cuento de hadas. Se detiene al lado de la mujer y toma su mano. La mujer fija su mirada en ella, así que veo cómo las dos se miran como si fueran una sola persona y, al mismo tiempo, dos diferentes. No es su madre y tampoco lo parece, pero aun así tienen una conexión que no logro entender. Es un vínculo similar al que tiene el blanco con el negro, el agua con el aceite o la vida con la muerte.

Apenas pienso en eso, todo se revuelve. El sueño, claro y vívido, desaparece para dar paso a las escenas metafóricas de ocasiones anteriores. La negra y la niña caen tomadas de la mano en un remolino de hojas, ramas y manzanas. Se alejan, se alejan, hasta que veo el espejo y mis manos en

su borde. Ahora soy yo quien está frente al manzano, siempre con el espejo a mi lado, como si fuera mío y no de esa mujer. Entonces, veo que el árbol ya no tiene manzanas, sino unas ramas con hojas largas y ovaladas. Algunas tienen flores de forma acampanada y de un tono púrpura. Si me muevo, veo en ellas reflejos verdosos aunque su olor no lo siento. Me llama la atención, en especial, su fruto: unas bayas de color negro. Gritan mi nombre, me atraen como el huso atrajo a la princesa durmiente, así que acerco mis manos y toco una de ellas. Un dolor agudo recorre todo mi cuerpo en un solo escalofrío. Siento la boca, los ojos y la nariz secos. Caigo a los pies del manzano y comienzo a vomitar. De mi boca salen manzanas podridas. La sensación es tan vívida que las imágenes surrealistas no me apartan de la realidad.

Esta noche me siento más en un recuerdo que en un sueño.

Cinco

El odio se propaga con facilidad, pensó la mujer mientras veía a la niña cuidar el jardín. Podaba los ñuños que usaría como decoración en el interior de la casona y los dejaba dentro de un canasto de mimbre que urdió la negra. Detuvo su mirada en el canasto y advirtió que era una analogía perfecta de la relación que tenía la niña con la negra: la primera era la materia; la segunda, la urdimbre.

El odio no acaba ni siquiera con la muerte, pensó la mujer. Sin embargo, aunque tenía la certeza de que su resentimiento por la niña continuaría después de que muriera, veía en esa posibilidad un atisbo de paz. Conocería la tranquilidad cuando no tuviera que escuchar su voz de niña convirtiéndose en mujer; cuando no tuviera que ver su pelo oscuro brillar bajo el sol y la luna; cuando no tuviera que oler los ñuños que cortaba para decorar la casa de su padre. No quería más la presencia de la niña en su vida porque cada día que pasaba, el odio se acrecentaba junto con su vejez. Así, mientras la niña se convertía en mujer y ganaba

vida, ella se convertía en anciana y se acercaba a la muerte. La vida y la muerte viviendo juntas, una odiando a la otra, y la otra sin hacer caso del odio.

Años atrás, la negra le dijo que ella era la muerte y la niña, la vida; lo cierto es que ella no representaba ninguna pieza en ese tablero. La verdad era otra: la niña era la vida, la negra era la muerte y ambas jugaban como iguales sobre el tablero. Ella, en cambio, era un ser inferior. No inspiraba respeto ni admiración, ni siquiera envidia como cuando era joven y su piel era tan firme como la cáscara de una manzana. Lo único que provocaba en sus criados era temor. Se había convertido en la madrastra descariñada; en la mujer dura y fría que nadie se atreve a mirar. Solo la negra y la niña pasaban a su lado con el mentón erguido y los ojos abiertos mientras los demás agachaban cabeza y párpados. No sabía cómo lo había logrado, pero la negra era respetada por todos, sin importar raza o clase.

La niña cumplió los doce años apenas un par de meses atrás. Era una edad bonita para morir. La mujer pensó que incluso para eso tenía gracia. Maldita niña que ni siquiera en su muerte podía conocer las tinieblas. Había personas que tenían un cordón umbilical con la luz; otras, con la oscuridad. A ella le hubiese gustado pertenecer al primer

grupo, pero ese espacio ya había sido ocupado por la niña y donde estaba la niña, estaba su ausencia. Así, mientras a ella le gustaba azotar a sus esclavos, a la niña le gustaba curarlos; mientras ella se refugiaba en la soledad de la noche, la niña disfrutaba la compañía del sol. La niña le quitó cualquier posibilidad de ser feliz. Ahora, le tocaba perder.

Llevaba semanas urdiendo su plan para que todo resultara como lo había pensado. Esta vez, no dejaría espacios para errores y, por lo mismo, la negra no podía enterarse del método que usaría. Ya conocía perfectamente sus intenciones, pero jamás permitiría que averiguara cómo llevaría a cabo el asesinato de la niña. Si la negra la descubría, estaba segura de que impediría la muerte de la vida. Y la vida necesitaba morir.

Hacía tiempo que había conseguido cultivar una planta nativa de Europa, pero con posibilidad de crecimiento en Chile. Algunos la llamaban belladona; otros, cereza del diablo. Le gustaba, sobre todo, por la ambigüedad del nombre. A la niña correspondía la belleza; a ella le pertenecía el veneno negro que utiliza la oscuridad. La niña moriría de la mano del diablo, pero, al mismo tiempo, con la hermosura que siempre la había caracterizado. Miró su rostro en el espejo cuando pensó en esa conclusión. Ya había dejado de contar las líneas

que lo cruzaban, ahora se enfocaba en los cabellos blancos que nacían cada vez más cercanos el uno del otro. Quizás, cuando la niña muriera, dejaría de mirar su reflejo en el espejo. Quedaría tranquila ante la imposibilidad de que la vida siguiera corriendo tras de ella, queriendo alcanzar algo que no tiene alcance.

Decidió que haría la mezcla la última noche de otoño. Años atrás escuchó a la negra decir que el otoño simbolizaba limpieza y transformación: así como caían las hojas de los árboles, el ser humano también aprendía a dejar atrás aquello que no le sirve para recibir la primavera de forma ligera y renovada. Era precisamente eso lo que ella quería lograr. Ya no más cargas, culpas, arrepentimientos. No más dudas, segundas oportunidades. Había llegado el momento de actuar, de hacer lo que siempre quiso, pero que nunca le resultó. Esta vez, nadie ayudaría a la niña. Esta vez, su hijastra caería en un sueño eterno.

Era una noche sin luna y, afuera, las fauces del lobo aguardaban por ella. Esperó que la casa completa durmiera para prender la vela que iluminaría su camino por el jardín. Dejó caer la cera derretida dentro del candelabro y luego apretó con firmeza la base de la vela sobre él. Cuando estuvo lo

suficientemente estable, giró despacio la manilla, aunque no pudo evitar que la puerta crujiera. Sabía que la niña no despertaría; su preocupación era la negra: no quería que la viera ni mucho menos que se enterara del plan que durante tanto tiempo fraguó. Sin embargo, ningún otro sonido le respondió. Al parecer, nadie despertó. Con la mano derecha alzó el candelabro a la altura de su pecho mientras con la izquierda hacía un escudo para que la llama no se apagara. Caminó hasta la puerta de salida más cercana, la abrió suavemente y salió.

El frío de la noche la recibió. El viento corría, pero no lo suficiente como para que el fuego cediera, aunque sí para colarse entre los pliegues de su vestido, largo y vaporoso. Apretó los dientes y fue hacia el fondo del jardín, donde había plantado la cereza del diablo. Estaba en el rincón más húmedo y lúgubre que encontró, lugares que la niña ni la negra jamás visitaban. No fue necesario contar con mucha luz para ver la planta que casi alcanzaba el metro de altura. Se arrodilló cerca de ella y observó sus bayas negras, que emanaban el olor de la muerte. Dejó el candelabro a un lado y del escote de su vestido sacó un pañuelo blanco con el cual comenzó a coger las bayas, una a una. Con diez tendría más que suficiente; sería imposible que la niña resistiera esa dosis. Creyó ver una sombra

pasar detrás suyo, pero cuando se volteó solo le contestó el murmullo del viento. Cuando hubo terminado de obtener los frutos, tomó el candelabro y emprendió rumbo de vuelta a la casa. Sin que nadie aparentemente lo advirtiera, entró de nuevo a su dormitorio y cerró la puerta con doble llave.

Dejó las bayas y el candelabro encima del tocador y, luego, del primer cajón extrajo un peine de carey con forma de flor y siete dientes largos. Era el peine preferido de la muerta. La madre de la niña lo usó hasta pocos días antes de morir y cuando finalmente dejó a su marido, este lo guardó para él. Era uno de los tantos trofeos que tenía de la muerta, recuerdos que le hicieron imposible olvidar la presencia de la mujer y la hermosura de la niña. Probablemente, si el padre estuviera con vida, le habría legado el peine a su hija, pero ella no quería darle esa felicidad ni tampoco estaba dispuesta a ver la copia de la muerta caminando por los pasillos de la casa con su peine y belleza. El peine pasó años guardado y empolvado en el primer cajón de su tocador, pero había llegado el momento de liberarlo. Con su libertad, ella por fin quedaría libre a su vez de la niña.

Extendió el pañuelo donde estaban apiladas las bayas de belladona sobre el tocador y, con los dientes del peine, las aplastó una a una. El borde

de carey las rompió fácilmente hasta empaparse por completo con su líquido oscuro. Cuando ya no quedaban bayas por aplastar, envolvió el peine con el mismo pañuelo y lo guardó dentro del primer cajón. Ahí lo dejó reposar toda la noche para que sus dientes se impregnaran del veneno. A la mañana siguiente, sacó el peine una vez más, aunque en esta ocasión no tenía intención de volver a quedarse con él. Se puso sus guantes blancos de encaje y tomó el recuerdo de la muerta. Cruzó la casona hasta llegar al dormitorio de la niña. Llamó a la puerta y su voz, dulce y tierna, le contestó del otro lado para que entrara. Tomó aire para llenar sus pulmones y con la exhalación, giró la manilla. La niña arreglaba una de las flores que decoraban su pieza; cuando la vio, le sonrió apenas. Ya no era tan ingenua como cuando tenía siete años y en su mirada se advertía cierta desconfianza.

Tengo algo que te pertenece, le dijo sin aliñar su voz de tonos melosos que pudieran hacerle sospechar. Un objeto que, en realidad, perteneció a tu madre. Solo cuando dijo esa última palabra, la niña dejó el florero y se dio media vuelta para mirarla. Piel blanca, pelo negro, labios rojos que la persiguen, la miran y la increpan. Ya no más, pensó, ya no más. Abrió la palma de su mano protegida por el guante de encaje y le mostró el peine

de carey. Tu padre lo guardó y me pidió que te lo entregara cuando tuvieras edad suficiente; ese día ya llegó, le dijo con el brazo extendido para que la niña lo recibiera. Y lo hizo. Lo tomó entre sus dedos temblorosos y los ojos aguados; lo miró con detenimiento como si estuviera frente a la muerta y no frente a un peine viejo y lleno de veneno. Entonces, lo llevó a su boca, cerró los ojos y lo besó. Lloró cerca del peine como si fuera la mejilla de la muerta. Gracias, le dijo y a la mujer le hubiese gustado responder, por primera vez, gracias a ti. Gracias por hacer esto tan fácil, por no poner resistencia. Gracias porque esta noche ya estarás muerta. Sin culpas ni remordimientos, finalmente, le estaría haciendo un favor: volvería a encontrarse con sus padres, los muertos vivientes que siempre le pertenecieron.

No hizo falta que llegara la noche para que la niña cayera a la cama. Un par de horas más tarde, la cereza del diablo ya circulaba por cada rincón de su cuerpo. Sus efectos hipnóticos la hicieron caer en un estado de sopor que ni siquiera la negra era capaz de entender. Las alucinaciones llegaron junto con las incoherencias. Dijo que su padre estaba vivo y que solo sentía decepción por la mujer que dejó entrar a su casa. ¡La negra tenía razón! ¡La negra tenía razón!, gritaba eufórica mientras

su criada le ponía paños mojados sobre la frente. La mujer observaba la escena desde el marco de la puerta para ver a su hijastra morir. Sabía que los efectos de la belladona apenas comenzaban. Luego se le secarían boca, nariz y ojos; le vendría una risa incontrolable, le seguirían los vómitos, la migraña, la sudoración y, finalmente, la parálisis. Una muerte dramática, digna de la niña. No podía sonreír, pero quería hacerlo. Disfrutaba la caída de la niña porque a medida que descendía a las tinieblas, sentía su propio ascenso. Sin embargo, no despertaría sospechas. Se dirigió con paso firme hasta su dormitorio y se sentó frente al espejo que años antes le regaló la negra. Miró su boca, que no era roja como la sangre; su pelo, que no era negro como la madera del ébano; su piel, que no era blanca como la nieve, y se alegró. Una corriente de felicidad, que no sentía desde que su marido le pidió matrimonio, cruzó su cuerpo. Siempre que estaba frente a ese espejo, veía la sombra de la niña tras de ella, pero no esta vez. Alivio, libertad y justicia. Sus deseos de los últimos diez años, por fin llegarían a ella.

La puerta de su dormitorio se abrió de golpe. Solo había una persona capaz de desafiarla de esa manera. La negra la señaló con su dedo índice. No permitiré que nada le pase a la niña, le afirmó

amenazante. Y si algo le ocurre, su muerte se fundirá con la de ella. Los dedos de la mujer, finos y largos, recorrieron el borde del espejo. Lo tallaste tú, ¿cierto?, preguntó. La negra no contestó, pero su silencio respondió la pregunta. Lo tallaste solo un tiempo antes de que yo apareciera; recuerdo que cuando me lo entregaste, estaba nuevo. Lo miré y ya no pude despegar mis ojos de él. Al principio creí que era solo mío, como si el espejo formara parte de mí, pero no. Este espejo somos tú, la niña y yo. Ángeles macabros que en ocasiones ascendemos y otras, caemos. La negra se acercó a ella lentamente, paso a paso, hasta quedar tan cerca la una de la otra que podían oler su aliento. El espejo muestra lo que uno quiere ver, le dijo. Usted quiere ver la muerte de la niña en su vida, pero la niña no morirá. La niña nunca morirá. Salió de la habitación tan rápido como había entrado, dejando a la mujer con la sola compañía del espejo: era tiempo de sanar a la niña.

Fue hasta su dormitorio y, una vez ahí, echó a la criada que cuidaba de ella. Nadie manejaba como ella el arte de la curación con plantas medicinales y necesitaba soledad para trabajar. La niña estaba más pálida que de costumbre y sus pupilas dilatadas corroboraban la presencia del veneno en su cuerpo. No necesitaba preguntarle a la mujer qué

le había dado: reconocía la cereza del diablo con facilidad. Se sentó sobre la cama al lado de la niña y pasó otro paño húmedo alrededor de su cara, bañada en sudor. El cuerpo de la niña estaba ahí, pero su espíritu se distanciaba cada vez más de la tierra. Es hábil su madrastra, le dijo mientras remojaba de nuevo el paño en el recipiente con agua. Supo que yo no estaría dispuesta a ayudarla y plantó la semilla más fatal que encontró. Luego estrujó el paño y dio toques suaves sobre el rostro de la niña. Pero usted es fuerte, niña. Y yo más, añadió la negra.

La negra se levantó y de los bolsillos de su falda sacó el único antídoto posible para el veneno de la belladona: haba del Calabar. Ayudó a la niña a incorporarse, metió sus dedos dentro de la garganta hasta que comenzó a vomitar. Necesitaba que tuviera el estómago vacío para darle el antídoto y que, de esta manera, surtiera efecto. Cuando ya no quedaba nada dentro de ella, le administró la medicina y la volvió a recostar. La negra advirtió que sus labios ya no eran rojos, que su pelo tenía el color de la muerte y su piel se fundía con el blanco de las sábanas. La niña era nieve negra sobre la cama.

Antes de que fueras concebida, ya esperaba por ti. Desde que nací, esperaba por ti. Porque la

oscuridad necesita de la luz, así como la muerte necesita de la vida.

Vuelve a mí, nieve negra.

Vuelve a mí.

Cuatro

Anoche tuve el sueño más lúcido de mi vida. También, el más raro. La mujer de piel oscura me inspira una confianza que jamás he sentido por nadie, a excepción del quiltro. El sueño (o pesadilla, o recuerdo, ya no sé qué diablos fue) hizo que me desvelara, así que pasé prácticamente toda la noche despierta. El sofá cama tampoco fue de ayuda porque el colchón es duro y angosto, y yo me muevo como torbellino mientras duermo. En resumen, estaba condenada a pasar una noche fatal.

Cuando son las siete y empiezo a sentir ruidos en la cocina, bajo las escaleras para tomar desayuno. Ahí están mis papás que, al parecer, ya se reconciliaron porque mi papá le prepara un pan con mermelada a mi mamá. Cuando me ve, pregunta si quiero uno y le respondo que sí. Además del pan con palta, la mermelada es mi preferida para despertar con ánimo. Sin embargo, no sé por qué intuyo que ni siquiera eso me ayudará a tener un buen día. Últimamente he sentido que algo viene por mí o que yo estoy a punto de alcanzar algo.

De cualquier modo, no sé qué es y me carga la incertidumbre. Por lo mismo, estoy decidida a resolver el misterio del espejo (y del manzano), pero antes comenzaré por mi sueño de ayer. Las imágenes corrieron muy rápido y varias de ellas ya se mezclaron o se me olvidaron, menos una: la planta de flores acampanadas y con pequeños frutos negros. Necesito saber qué planta es y qué significado puede tener para mí, porque algún motivo debe haber.

Mi papá deja el pan al centro de la mesa y mi mamá hace un gesto para que yo me sirva primero. Ella tiende a hacer eso conmigo; no sé si piensa que la comida estará envenenada y prefiere que la pruebe yo antes o simplemente es de buena onda. Puede sonar paranoico, pero no confío en la buena onda de mi mamá porque ella nunca lo ha sido. Cuando era joven, por ejemplo, era de esas compañeras de colegio que acusaban a los demás ante la inspectora, no prestaba los apuntes y competía por las notas. Lo sé porque mi papá, que estaba en su mismo curso, me lo ha contado. Él, en cambio, era el típico nerd que armaba grupos de estudios con los más porros para ayudarlos a pasar de año. Los dos se conocieron en uno de esos grupos, de hecho. Mi papá dice que ayudó a mi mamá a pasar Física porque no entendía nada, pero mi mamá, hasta el día de hoy, no lo reconoce. Dice que solo

quería conocerlo y que, por eso, inventó la excusa de ser mala en un ramo cuando en realidad era la mejor alumna de su generación. Yo le creo a mi papá porque él no sabe inventar nada y, por otro lado, ya he pillado en varias ocasiones a mi mamá diciendo mentiras blancas para justificar sus deudas en la tarjeta de crédito. Obviamente, mi papá no le cree, pero está más dispuesto a seguir pagando las cuotas interminables que agregar otra pelea a su lista de discusiones.

Saco un pan y me lo como en menos de un minuto. Mi mamá pone los ojos en blanco, no le gusta que coma con ansiedad. Hoy día necesito ayuda para colgar los últimos cuadros, dice mi mamá al aire. Odio cuando la gente pide las cosas así, me gustan las personas directas. No escucho mi nombre, así que no me doy por aludida y sigo comiendo. Como sabe que hoy mi papá debe volver a la pega y que, por lo tanto, él no podrá ayudarla, esta vez me habla directamente. Tú, ¿qué pretendes hacer hoy? Le respondo una mentira blanca, como ella me enseñó. Necesito averiguar el misterio de los últimos días, y perder el tiempo colgando cuadros no es una posibilidad. Mi mamá dice algo así como que no importa porque está acostumbrada a hacer todo sola; luego levanta su loza sucia y la deja dentro del lavaplatos con un gesto dramático.

Entonces, se va de la cocina. Quiero decirle a mi papá que no sé cómo la soporta, pero sé que me contestará que son las hormonas y que está embarazada. Mi papá tiene una forma muy práctica para mentirse a sí mismo.

Termino de tomar desayuno, lavo los platos y voy directo a la ducha. No quiero dejar espacio para que mi mamá empiece a joder y deba quedarme con ella colgando cuadros, así que lo mejor es salir de la casa con mi papá y que él me deje en algún cibercafé. Todavía no tenemos Internet y necesito averiguar con qué planta soñé, es decir, necesito Google. Estoy lista en menos de quince minutos, bajo las escaleras corriendo y veo que mi papá está a punto de irse. No le doy tiempo a mi mamá para que pregunte dónde voy o a qué hora vuelvo porque parto corriendo al auto y me meto en el asiento del copiloto. Veo que mis papás conversan hasta que se despiden con un beso en la boca; el beso me parece insípido, como el que me di hace un tiempo atrás con el flaco para probar qué onda, qué se siente. Mi papá sube al auto, deja el bolso en el asiento de atrás y me pregunta dónde quiero que me deje. Lo primero que se me viene a la cabeza es una biblioteca nueva que pusieron en Plaza Nuñoa. Arranca el motor y diez minutos después estoy dentro de la biblioteca.

Empiezo a buscar en Google, pero pronto me doy cuenta de que no sé cómo hacerlo para acotar. "Planta con hojas acampanadas", resultados: 93.400; "Planta con bayas negras", resultados: 155.000. Podría estar todo el día y la noche y, aun así, no daría con la planta que soñé. Entonces, me acuerdo de la maratón de American Horror Story que me pegué con el flaco: si hay algo en común entre la serie y mi sueño es que ambos son sordidos, oscuros y extraños. Casi diabólicos. Busco: "Planta venenosa de hojas acampanadas y bayas negras", resultados: 3.380, aunque solo uno llama mi atención: *Atropa belladonna*. La descubrí.

Las páginas en Internet dicen que esta planta siempre estuvo relacionada con las leyendas y, sobre todo, con la brujería. Su principio activo es la atropina, que produce justamente aquello que sentí en mi sueño: boca, nariz y ojos secos, aunque también tiene otros efectos, como el aumento del ritmo cardíaco o la distorsión en la visión, haciendo que los objetos cercanos se vean borrosos. A medida que leo sobre la planta, se me vienen más sensaciones e imágenes a la mente. Veo la mano oscura de la negra pasar sobre mi frente hasta llegar a los párpados y cerrarlos. No me da miedo, al contrario, hay algo que me hace sentir cómoda con ella como si la conociera desde niña y no tuviera por qué temerle.

Toda la vida he considerado que no tengo una pizca de superstición. Es una de las similitudes que tengo con mi papá. Para mí, aquello que no tiene lógica simplemente no entra en mi radar de posibilidades. Hoy, sin embargo, es la primera vez que siento lo contrario. No tengo ninguna prueba de lo que voy a decir, pero no puedo evitar sentir que pertenezco más a esa realidad de sueños, espejos y manzanos que a esta. He crecido con la sensación irrevocable de que caí en mi familia por pura mala suerte, porque mi mamá era lo suficientemente conservadora como para no atreverse a ser madre soltera y mi papá no era lo suficientemente valiente como para decirle que sería un padre presente, pero sin matrimonio de por medio. He crecido sintiéndome desfasada, como si no perteneciera a mi familia, a mis amigos ni a mi época. Hasta hoy.

Vuelvo a la casa con la vista pegada al suelo y los hombros caídos. No sé por qué, pero siento como si viniera llegando de la guerra o, mejor dicho, recién entrando a ella. No quiero tener que ver la cara de mi mamá, pero ahí está arreglando su casa nueva con una sonrisa a medias para recalcarle a mi papá que ella no quería vivir ahí. Paso de largo y me alegra que no me llame para que la

ayude con un problema ficticio. Subo las escaleras en dirección a mi nueva (aunque antigua) pieza, desde donde veo el manzano. Apoyo los codos en el lugar donde antes del incendio estaba la ventana y centro mis ojos en el árbol. Le pido a la negra que si de verdad existe, no me deje sola y me enseñe el camino de vuelta a casa. Como respuesta recibo un langüetazo del quiltro en mis pies. Sé que a mi mamá le dará un infarto si lo ve dentro de la casa, así que le pido que me siga en silencio hasta mi actual pieza con el sofá cama. Nos debemos ver ridículos echados encima de un colchón del ancho de mi espalda, pero me gusta tener al quiltro así de cerca. Quizás sea porque él y yo nos parecemos: tenemos una familia a la cual, en realidad, no pertenecemos.

Me quedo dormida porque últimamente todo lo que hago es investigar sobre el espejo y dormir. Lo hago de forma consciente porque sé que el único modo para ponerme en contacto con la negra es soñando. Y esta vez, no es la excepción. La negra llega a mis sueños al poco rato de cerrar los ojos. La veo nítida como la noche anterior antes de que apareciera la belladona. Lleva la misma falda larga y café junto a la blusa color crema. Su tenida me dice a gritos que no es de este siglo, aunque sí del mío, aquella época en la que verdaderamente

siento que viví y de la que, por algún motivo que desconozco, me extirparon.

La negra llora a los pies del manzano. No la conozco lo suficiente; aun así, es raro verla llorar. Es una imagen que no me hace sentido con ella. Me gustaría acercarme y dejar caer mi mano sobre su hombro, pero en este sueño no tengo cuerpo, solo visión. Es como estar viendo una película de la cual se quiere participar, aun sabiendo que no se puede, que es imposible hacerlo. Y parece que la negra es capaz de escuchar mis deseos o pensamientos, porque es ella quien gira su cabeza para mirarme. Fija sus ojos en los míos y me dice algo que no escucho. No entiendo, le digo (o pienso que le digo), pero ella vuelve a repetir palabras que no llegan a mis oídos. Veo que el manzano empieza a arder desde las frutas a sus raíces y la negra se pone a gritar como lo haría mi mamá. La negra parece loca, pero sé que no lo está.

Antes de que las llamas devoren todo mi sueño, logro escuchar las palabras de la negra.

Vuelve a mí, nieve negra.

Vuelve a mí.

Tres

Una vez más, la niña ganó. La niña siempre gana, pensó mientras trituraba con su mano uno de los ñuños con los que le gustaba decorar la casa. Le gustaría hacer lo mismo con ella: tomar el cuello entre sus manos y romperlo. Pero no puede porque la negra siempre está acechando, siempre va dos pasos delante de ella. Tres veces intentó asesinar a la niña, aunque solo había conseguido matar a su marido y levantar sospechas. Sabía que solo le quedaba una oportunidad y no podía fallar. Esta vez, no fallaría.

La niña tenía quince años y, para ese entonces, la mujer ya había advertido que la única solución para eliminarla de su vida era por medio de la negra; solo ella tenía el poder suficiente porque la negra era la muerte y la muerte siempre se llevaría a la vida. Debía ser capaz de lograr una alianza inquebrantable, pero era difícil. Por algún motivo que ella desconocía, la negra no quería que la niña muriera. Convencerla: esa era la solución. El primer recurso que se le ocurrió fue el

látigo. Mandar a buscarla, amarrarla a un tronco y azotarla hasta que aceptara sus condiciones, pero pronto comprendió que era una mala idea. La negra no respondía a los abusos. Además, ¿se atrevería a hacerle algo así? Llevaba más tiempo del que ella podía siquiera imaginar en esa casa y, la verdad, parecía ser la única dueña de la tierra y de las almas. Su marido ya le había advertido acerca de las leyendas que giraban alrededor de la negra. Más de una vez le dijo que se mantenía viva gracias a la magia, oscura como ella. Le repetía que desconocía su origen o el momento en el que llegó a trabajar con su familia. Desde que era niño, la negra era la misma vieja de siempre. Algunos decían que el pacto con el diablo le permitía seguir con vida; otros creían que en realidad estaba muerta. La muerte no envejece ni se va, le dijo su marido una vez. La muerte ronda en silencio y todo lo sabe, le dijo en otra oportunidad. La negra es el fantasma que todos temen y que nadie quiere tener en su contra, le dijo días antes de morir. Y ella estaba de acuerdo con esa leyenda.

Era una noche de verano cuando decidió hablar con la negra. Transcurrieron meses desde el último atentado a la niña y creía que el tiempo le daría la sabiduría necesaria para aceptar su proposición.

Caminó con paso firme y decidido hasta la habitación de la negra y abrió la puerta de golpe; si quería tener un pacto con ella, no podía dejar que viera su miedo. La negra estaba sentada en el borde de su cama, aguardaba. La señora viene a proponer un trato, le dijo, siempre dos pasos delante de ella. Hable, que la negra sucia no sabe esperar. La mujer cerró la puerta tras de sí y habló. Con los años me he dado cuenta de que te gusta actuar con equidad, negra, y equidad es lo que pediré. La niña ha sido la maldición que pesa sobre mí desde que llegué a esta casa; por ella perdí a mi marido, mi belleza, el respeto de mis criados y la posibilidad de ser feliz. Es justo, por tanto, que la niña reciba una maldición. La negra asintió. Ese trato es equitativo para usted, pero ¿es justo para mí? ¿Qué hace la muerte sin la vida?, preguntó la negra. La mujer sonrió como si con esa sonrisa lograra estar por encima de la negra. Yo propongo un pacto y un trueque: la maldición para la niña a cambio del terreno. La negra rio a carcajadas. Lo que la señora ofrece es imposible, no está permitido que una negra como yo sea dueña de una chacra, le dijo con voz áspera. No ofrezco dominio sobre el terreno, negra; ofrezco la posibilidad de seguir aquí. Me puedes maldecir una, dos, tres veces por echarte de mi terreno, pero no me importa:

ya estoy maldita por la peor de las maldiciones, que es esa niña. Lo logró. Por primera vez, alguien estuvo por encima de la negra. Estaba atada a ese terreno como el marido a la niña o ella al espejo. Fue entonces cuando entendió por qué: tierra, niña y espejo eran la raíz. La negra no podía vivir sin su tierra porque estaría vacía; el marido prefirió morir antes de que lo hiciera la niña, la única razón que lo mantenía respirando; ella no podía separarse de su espejo porque en él siempre estaría su reflejo. Cada día el espejo absorbía su imagen y, algún día, volvería a mostrar lo que antes estuvo ahí. Quitarle la tierra a la negra, era quitarle la hija al padre o el espejo a la mujer. Y la negra lo sabía.

Yo haré la maldición, pero usted condenará a la niña, dijo la negra, que no quería mancharse las manos. A ella, sin embargo, nada le podría importar menos. Asintió, pero no se fue del dormitorio: quería conocer cada detalle porque, esta vez, no fallaría. Mañana, cuando la luna esté en su punto más alto, llevará a la niña a los pies del manzano. Ahí verá sus frutos, pero solo uno llamará su atención. Será una manzana preciosa, capaz de hacerle agua la boca a cualquiera que la viese. La sacará del árbol y la cortará en dos mitades: usted comerá la parte blanca y la niña, la roja. Cuando eso ocurra, nadie será capaz de impedir la maldición.

No haga más preguntas, porque la negra no dará respuestas. La mujer quedó conforme. Abandonó la habitación de la negra con un sabor dulce en la boca.

El día siguiente se hizo lento y tedioso. Contaba las horas para dejar de ver a la niña y pensaba en qué lugar la enterraría; solo sabía que no la dejaría descansar al lado de su marido. Cada cierto tiempo iba hacia el manzano para ver si el fruto del cual le habló la negra ya había aparecido, pero ninguna manzana llamaba especialmente su atención. Mientras, la niña leía en uno de los salones de la casa. Estaba sentada en un sillón de color escarlata que hacía contraste con su pelo negro. Se detuvo en ella y la recorrió con su mirada hasta advertir lo poco que le quedaba de niña. Era, sin duda, la última oportunidad que tenía para deshacerse de ella porque cuando fuera una mujer, no habría posibilidad de engaño. Cuando la niña dejara de ser niña, ella tendría que abandonar la casa. Por eso, el pacto con la negra llegaba en el mejor momento.

Solo cuando el sol se escondió para dar paso a la luna, sintió un asomo de tranquilidad llegar hasta ella. Faltaban unas cuantas horas para llevar a cabo el plan que, por fin, sería capaz de sacar a la niña de su vida. La negra desapareció junto con

preguntó la madrastra y dio un paso hacia delante. La niña no respondió.

La mujer sacó una pequeña navaja de su bolsillo y cortó la manzana en dos mitades, quedándose ella con una y la niña con la otra. Ahora, las dos podremos disfrutar de ella, dijo, y le dio un mordisco a la parte blanca. La niña, que miraba la fruta como si le fuera la vida en ello, vio a la madrastra morder la manzana y no se pudo resistir. Apretó su mitad con ambas manos y se metió a la boca el trozo con la parte roja. Apenas el primer trozo cruzó su garganta, sintió que esta se cerraba, impidiendo el paso del aire. La manzana cayó y rodó hasta los pies de la madrastra, que la contemplaba llena de rencor. La niña llevó sus manos al cuello y, como antes lo hubiera hecho la manzana, cayó al suelo. Ahí, paulatinamente sucumbió al ahogo hasta que solo vio oscuridad.

Murió como nació, pensó la mujer: blanca como la nieve, roja como la sangre, negra como el ébano.

Dos

Me despierto a ratos, pero pronto vuelvo a dormir. Tengo la sensación de que no soy yo y, aun así, me siento más consciente de mí que nunca. Desde ayer que no he podido levantarme. Tengo fiebre, escalofríos y sueños que, a veces, se transforman en pesadillas. Mi papá me contó que me he despertado en tres ocasiones llamándolo. Grito padre, no me dejes, y él decide no dejarme, así que se queda a mi lado hasta que vuelvo a quedarme dormida. Yo no sé si lo llamo a él o llamo a otro padre, uno que solo mi subconsciente recuerda. Ahora entiendo, a medias, lo que quiso decir esa tarotista que mi mamá vio años atrás. Le aseguró que yo estaba maldita, que he vivido muchas vidas y, por primera vez, le creo. Porque la sensación de esas pesadillas no puede ser ficción. Mis sueños no hablan de personas o sentimientos ajenos a mí, sino de manzanas, espejos y mujeres que sé, conozco. El flaco me diría que la situación es como esas películas donde la protagonista recibe señales para terminar averiguando que en realidad está

muerta, pero yo me siento más viva que nunca. He pasado mis quince años sintiéndome despreciada por mi mamá; creyendo que he condenado a mi papá a una vida que pudo haber sido mejor de no ser por mí. Hoy, con fiebre, escalofríos y pesadillas, por fin reconozco que quizás esta realidad no fue hecha para mí.

No sé por qué llamo a mi papá en sueños, cuando en ellos no recuerdo la presencia de un padre, sino de dos mujeres: la negra, que me ha perseguido desde que encontré el espejo, y la mujer de vestidos vaporosos y elegantes. La primera me produce sentimientos contradictorios: confianza y, al mismo tiempo, resquemor. Algo que me hace creer en ella, pero con miedo. La segunda solo me genera tristeza. Veo en sus ojos la soledad que hay en los míos. Tengo un mundo en común con esa mujer y de algún modo que no entiendo y desconozco, creo que existe un abismo entre nosotras. Ella a un lado, yo al otro. Nuestro puente es la negra; ella es el canal que nos une, aunque no he logrado descifrar por qué o cómo lo hace. Desconozco la identidad de la negra y de la mujer; entonces, ¿cómo sé que las recuerdo?

El quiltro ha pasado más de diez horas seguidas echado a mis pies. Dicen que cuando los

animales se acercan de esa forma a sus dueños, es porque prevén su muerte. Si es así, no tengo miedo. Mi mamá está histérica y trata de darme todos los remedios que encuentra dentro de la casa, pero yo los escondo y luego los tiro a la basura. A pesar de la fiebre y el reposo dentro de la cama, no me siento enferma. La sensación que tengo es totalmente diferente, como si esto fuera solo un camino para depurar y soltar aquello que no me sirve y así estar preparada para lo que vendrá. Intenté decirle esto mismo a mi papá, pero él cree que desvarío; piensa que el supuesto virus que tengo me produce las altas temperaturas acompañadas de escalofríos, pero está equivocado. El quiltro, por el contrario, sí me cree. Lo veo en sus ojos y en el modo de acompañarme, como si supiera que ya no habrá más ocasiones como estas.

¿Llevará mi madre luto por mi muerte? Probablemente lo haga durante un tiempo para que la gente no piense ni hable mal de ella, pero apenas nazca mi hermano o hermana, el luto será una mala anécdota de la cual no querrá hablar. Mi padre y el quiltro, en cambio, se teñirán de negro durante mucho tiempo. Lo bueno será que, con ese dolor, mi papá tendrá el valor suficiente para separarse de mi mamá y armar una vida que realmente se merezca. El quiltro se irá con él y tampoco tendrá

que aguantar el maltrato de mi mamá cuando le dice que es un perro picante y desordenado. Pienso en esto y pido que la fiebre me suba para descubrir de dónde vengo y, al mismo tiempo, legarles una mejor vida a mi papá y al quiltro. Así debió haber sido siempre, pero algo me arrastró a este entorno que no me pertenece.

Siento la lengua del quiltro pasar sobre mi mejilla antes de volver a quedarme dormida. Los sueños ahora parecen mi realidad, y me siento más cómoda en ellos. Aparece la negra con el espejo en sus manos. Se mira hasta que advierte una presencia junto a ella, entonces lo da vuelta y veo mi reflejo en él, aunque no estoy en la escena. La negra vuelve a girar el espejo hacia ella, murmura una palabra que no escucho y me lo muestra de nuevo. Ahora, veo el reflejo de la mujer, que, sin embargo, tampoco está ahí. Parece como si el espejo fuera un álbum capaz de mostrar imágenes que una vez guardó, aunque en él solo caben las personas ambivalentes como los ángeles que lo coronan: aquellas que están a mitad de camino entre la luz y la oscuridad, entre la vida y la muerte. La negra, la mujer y yo formamos parte del espejo. La negra lo talló exclusivamente para nosotras tres.

La negra arroja el espejo al suelo y se quiebra en cientos de pedazos pequeños. Los vidrios

comienzan a unirse hasta formar una raíz que se hunde en la tierra. De ella crece un árbol que reconozco con facilidad: es el manzano que veo desde mi ventana. Entonces, abro mis ojos. El quiltro sigue ahí. La fiebre y los escalofríos, también. Veo la hora en el reloj de mi celular y sé que mis padres estarán durmiendo. Me levanto de la cama como si fuera una sombra. El quiltro está a punto de seguirme, pero me acerco a él, le hago cariño en sus orejas y le pido que se quede. Me mira y sabe que es una despedida.

Camino por el pasillo y bajo las escaleras para salir de la casa. Quiero ir al manzano. Quiero ver el manzano. Mis padres pensarían que estoy alucinando, mi mamá querría darme un clonazepam y hacerme dormir. Yo solo quiero llegar al manzano, encontrarme con la negra, salir de la cárcel en la que estoy.

Cuando estoy frente al árbol, solo una de sus manzanas llama mi atención. Es roja, brillante y perfectamente esférica. Morderla sería romper un pedazo de esa totalidad. Me gusta la idea. Tiro de ella hasta que logro desprenderla de la rama. No lo pienso dos veces y le doy un mordisco. Caigo al suelo, cierro los ojos.

Ahora, solo queda despertar.

Blanca como la nieve, roja como la sangre, negra como el ébano, pensó la mujer cuando escuchó los pasos de la negra detrás suyo. No se dio vuelta. No quería mirar su cara, porque sabía que la negra no disfrutaba como ella con esa visión. La niña siempre debió haber estado en el suelo, justo bajo sus pies. Lo consiguió, dijo la negra. La niña mordió la manzana y con ello rompió la linealidad de su vida. Ahora, vivirá maldita, una vida tras otra, escindida hasta que el sol y la luna se cansen de aparecer en el cielo. Solo volverá a unirse cuando recuerde de dónde viene. La madrastra apretó sus manos en puño y se volteó, ahora sí, para mirar los ojos de la negra. Te dije que la quería muerta, ¿y ahora me dices que hay una posibilidad de que reencarne, negra traidora? No había una sonrisa en su rostro, pero sus labios estaban apretados; veía la felicidad y el triunfo en sus gestos. La negra nunca perdía; la niña tampoco.

Si quería a la niña muerta, pues entonces debió decir muerte. La señora habló de maldición y

toda maldición puede ser revertida, explicó la negra que se acercaba al cuerpo de la niña. La mujer solo escuchaba la furia de su corazón. Su único consuelo, el que la niña estuviera dormida e inerte y, por lo tanto, imposibilitada de encontrar el camino de vuelta a casa, se rompió más rápido de lo que pensó. Un sonido ahogado emergió de la niña. La negra la sostuvo en sus brazos y sin la necesidad de hacer nada, el pedazo de manzana salió expulsado de su boca. La mujer cayó de rodillas al suelo con la mirada vacía. Su intento de felicidad se desvaneció.

La negra tomó el pedazo junto a la manzana que había rodado al caer y unió ambas partes como si fueran un puzle. Apenas lo hizo, el fruto volvió a su perfección inicial y la respiración de la niña se normalizó. Negra sucia, negra traidora, repetía la mujer, pero la negra no hacía caso a sus comentarios. La niña puso la palma de su mano sobre la mejilla de la negra. Lo recuerdo todo, le dijo. Viví una vida tras otra sin recordar, sin saber quién era realmente, por qué vivía en compañía de una madre que nunca me quería y un padre siempre infeliz. Ahora, lo recuerdo todo. La negra asintió; la madrastra entendió. Negra y niña vivirían siempre juntas como la vida y la muerte; la luz y la oscuridad.

La mujer arrastró su mano por la tierra hasta alcanzar la manzana. La tomó con fuerza y apretó sus dedos alrededor de la piel roja. Para ella, era la última posibilidad de escapar. Sus dientes se clavaron en el fruto y el líquido cerró su garganta. Dejó que sus pulmones se sellaran y no luchó por el aire. Se iría de esa casa tal cual como llegó: vacía y sin recuerdos.

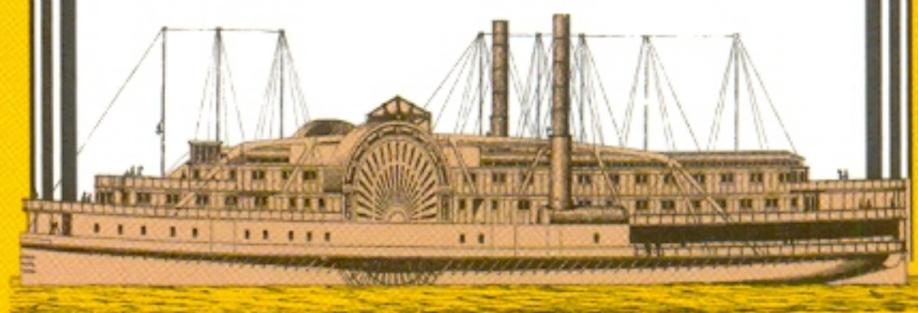
Una adolescente como cualquiera
y una cruel madrastra que debe
quitarla del camino.

Dos tiempos. Dos relatos que se
funden como mitades perfectas de
una manzana.

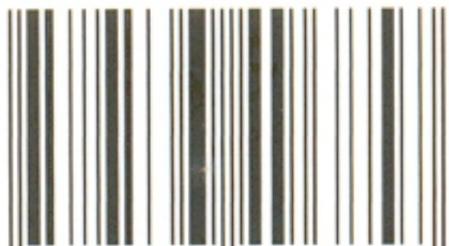
Nieve Negra nos hará descubrir lo
que más tememos de nosotros mis-
mos, aquello que jamás hubiésemos
querido saber.

Camila Valenzuela León (1985). Es
Licenciada en Literatura y escritora.
Actualmente, cursa un Doctorado
en Literatura e imparte clases en
el Diplomado de LIJ de la USACH.
En 2013 lanzó *Zahorí I. El legado*,
su primera novela juvenil que pu-
blicó SM. La segunda parte de esta
trilogía, *Revelaciones*, se publicará
en 2014.

A PARTIR DE 12 AÑOS



ISBN: 978-956-349-685-7



9 789563 496857